

- A los restantes mercenarios les envió a Alexón, porque le eran leales; él era hombre muy aceptado por ellos.
- 5 Aníbal y Alexón reunieron y arengaron a la masa de mercenarios garantizándoles, a la vez, las recompensas prometidas a cada uno por el general, y lograron persuadirles fácilmente de que fueran fieles a lo tratado.
- 6 Por esto, cuando los que habían salido se aproximaron a la muralla y pretendieron arengarlos y decirles algo acerca de los ofrecimientos de los romanos, los mercenarios no sólo se negaron a atenderles, sino que ni tan siquiera quisieron oírles; por el contrario, empezaron a tirarles piedras y dardos hasta que se aleja-
- 7 ron huyendo de la muralla. Poco les faltó, pues, a los cartagineses, debido a la causa citada, para perder su
- 8 empresa, traicionados por los mercenarios. Si Alexón antes había salvado, por su lealtad, no sólo a la ciudad y al país de Agrigento, sino también sus leyes y su libertad, en esta ocasión fue la causa que evitó que los cartagineses cayeran en un desastre total.
- 44 En Cartago<sup>120</sup>, aunque no sabían nada de esto, pensaban en las dificultades de un asedio, por lo que llevaron cincuenta naves de soldados, exhortaron con palabras adecuadas a esta operación al hombre a quien habían conferido el mando, Aníbal, hijo de Amílcar, trierarco y primer amigo<sup>121</sup> de Adérbal, y le enviaron con urgencia, con la orden de no retardarse y de socorrer a los sitiados gracias a un oportuno golpe de auda-

<sup>120</sup> Un plano de la ciudad de Cartago en *Weltatlas*, I, pág. 37.

<sup>121</sup> «Primer amigo» era algo así como un título nobiliario que se aplicaba a los que vivían en el entorno inmediato de un gran personaje. Su título parece de origen persa (cf. Esquilo, *Los Persas* 3: «los Fieles del rey»), pero fue habitual en las cortes helenísticas. En cuanto al término «trierarco», en realidad significaba el comandante de una trirreme, pero en Polibio el uso de este término es fluctuante, y a veces significa el almirante de toda una escuadra.

cia. Aníbal zarpó con diez mil hombres, fondeó en las 2 islas llamadas Egusas<sup>122</sup>, situadas entre el cabo Lilibeo y Cartago, y aguardaba el momento oportuno para la navegación. Aprovechando un viento favorable bastante 3 fuerte, desplegó todas las velas y a favor del viento de popa fue navegando hacia la misma boca del puerto con los hombres armados y dispuestos para el combate sobre las cubiertas. Los romanos, en parte por lo sú- 4 bito de la aparición, y en parte atemorizados por la posibilidad de que el viento les empujara hacia dentro del puerto enemigo, renunciaron a impedir la entrada de los refuerzos y se quedaron en la costa atónitos por 5 la audacia de los enemigos. Toda la población, corriendo desde la ciudad a congregarse sobre los muros, se angustiaba por lo que fuera a suceder, y al mismo tiempo se llenó de alegría por aquella esperanza inesperada; incitaba con aplausos y griterío a los que ya navegaban enfilando la bocana. Aníbal, que se había 6 introducido en el puerto de manera tan peligrosa y temeraria, fondeó dentro de él e hizo desembarcar sin riesgo alguno a sus tropas. Todos los habitantes de la 7 ciudad rebotaban de gozo, no tanto por la presencia del auxilio, aunque gracias a ellos concibieron grandes esperanzas y aumentaron sus tropas, como por el hecho de que los romanos no se habían atrevido a obstaculizar la entrada de los cartagineses.

Imilcón, el general de la plaza, al ver el ardor y el 45 buen ánimo tanto de los que estaban en la ciudad, gracias a la presencia de los refuerzos, como de los recién llegados, que desconocían las desgracias que les rodeaban, deseoso de aprovechar íntegramente el brío de 2 unos y de otros para pegar fuego a las obras enemigas, los convocó a todos a una asamblea; hizo una larga 3 arenga con palabras adecuadas a aquellas circunstan-

<sup>122</sup> Hoy son las islas Favignana y Levanzo, al O. de Sicilia.

cias, y les contagió un ardor extraordinario, tanto por la magnitud de las promesas hechas a los que se distinguieran personalmente por su valor, como por los dones y recompensas que recibiría de los cartagineses todo el ejército. Hubo aplausos generales y un clamor de que no se difiriera la acción, antes bien, debían ya mandarles. Imilcón les alabó, agradeció su gran empeño y les despidió con la orden de que se retiraran a descansar por el momento, y de que obedecieran a los oficiales. No mucho más tarde convocó a éstos, asignó a cada uno los lugares apropiados para el asalto, les indicó el santo y seña y la hora del ataque y ordenó a los comandantes estar en sus posiciones con todos sus hombres al despuntar el día. Éstos obedecieron, e Imilcón sacó sus fuerzas al amanecer y atacó al punto las obras por muchos lugares. Los romanos ya preveían lo que iba a ocurrir, de modo que no permanecieron ni inactivos ni impreparados, sino que dispusieron las defensas allí donde se requerían, y lucharon corajudamente contra los adversarios. En poco tiempo todos entraron en la liza, y se empeñó un duro combate alrededor del muro; los de la ciudad eran no menos de veinte mil, pero los de afuera les superaban en número. Y en el mismo grado en que los hombres luchaban no alineados, sino revueltos y cada uno a su manera, la lucha se hizo más terrible, como si dentro de tan enorme muchedumbre se hubiera entablado un duelo y una rivalidad propios de quienes combaten en lucha singular o de unidad contra unidad. Pero el griterío y apelonamiento se dieron al máximo junto a las obras de los romanos. Los que, en los dos campamentos, habían sido situados en este lugar desde el principio, unos para poner en fuga a los defensores de las obras, los otros para impedirlo, desplegaron tal brío y encarnizamiento, aquéllos en su intento de ahuyentar al enemigo, éstos en su enérgica resolución de

no ceder, que acabaron por morir todos en sus puestos del principio. Al mismo tiempo se mezclaban con ellos portadores de teas, de estopa y de fuego, quienes se lanzaban por todas partes y atacaban con tal audacia las máquinas de guerra, que los romanos se vieron en el apuro más extremo, pues no lograban rechazar la acometida adversaria. Pero el general de los cartagineses, observando que en la batalla le morirían muchos hombres sin conseguir apoderarse de las obras, que era el objetivo propuesto, ordenó a los trompetas tocar retirada. Los romanos, que estuvieron a punto de perder todo su material, al final quedaron dueños de sus obras y retuvieron todas sus posiciones con seguridad.

Después de estos hechos, Aníbal zarpó, todavía de noche, con sus naves, sin que los enemigos lo advirtieran, y se dirigió a Drépana, al encuentro de Adérbal, el general de los cartagineses. Lo estratégico del lugar y la belleza del puerto que está junto a esta plaza habían inducido desde siempre a los cartagineses a poner un especial interés en su custodia. Este lugar dista de Lilibeo unos ciento veinte estadios.

En Cartago querían saber qué ocurría en Lilibeo, pero no lo conseguían, porque unos estaban sitiados y los otros sometidos a una vigilancia estrecha. Un hombre perteneciente a la nobleza<sup>123</sup>, Aníbal, llamado el rodio, les anunció que se adentraría, navegando, en el puerto de Lilibeo, que lo inspeccionaría todo con sus propios ojos y que se lo expondría. Los cartagineses oyeron con agrado este ofrecimiento, pero no le dieron crédito porque los romanos bloqueaban con su escua-

<sup>123</sup> Aquí la tradición manuscrita griega vacila; el códice Vindobonense dice lo contrario: «perteneciente a la masa». Pero el hecho de que el nombre de este Aníbal venga acompañado de su gentilicio indica nobleza, y por esto es preferible la lectura adoptada.

dra la boca del puerto contra cualquier intento de penetración. Mas Aníbal el rodio aparejó su propia nave, se hizo a la mar y puso rumbo hacia una de las islas que hay delante de Lilibeo. Al día siguiente, aprovechando un viento favorable que se levantó en el momento oportuno, y hacia la hora cuarta, ante la sorpresa de todo el enemigo que contemplaba su audacia, entró en el puerto. Y dispuso sin dilación su marcha para el día siguiente. El cónsul romano pretendió vigilar con más cuidado el paraje de la bocana, y dispuso por la noche las diez naves romanas más marineras; él mismo, situado junto al puerto, iba observando lo que ocurría, así como todo su ejército. Las naves de la bocana estaban al acecho por ambos lados, y se habían arrimado a los escollos lo más posible, con los remos en alto para atacar y capturar la nave que iba a salir. El rodio hizo su salida a alta mar a la vista de todos; con sus maneras desafió al enemigo por su audacia y por la velocidad de su singladura. En efecto: no sólo salió con la nave y sus hombres intactos, pasando rápido por entre las naves romanas, inmóviles, sino que, tras adelantarse algo, se detuvo e hizo que sus hombres levantaran los remos en señal de provocación al enemigo. Remaba a un ritmo tan vivo que nadie se atrevió a zarpar en pos de él. Y se alejó tras insultar con una sola nave la flota adversaria íntegra. Desde entonces hizo esto muchas veces, lo cual resultó muy útil a los cartagineses, pues siempre les aclaraba lo que era urgente, e infundía ánimo a los asediados; a los romanos, les aturdió con su osadía.

Contribuía mucho a su audacia el hecho de que su experiencia le había señalado muy exactamente la entrada del puerto a través de los bajíos. Hecha la travesía, desde la parte de Italia enfilaba de proa la torre que está junto al mar, de manera que cubría toda la

línea de las torres de la ciudad orientadas hacia el África; sólo de esta manera es posible, si se navega con viento favorable, dar con la bocana del puerto. Muchos cobraron ánimo por la audacia del rodio, y con muchos otros también de aquellos parajes, se animaron a hacer lo mismo. Y los romanos, enojados con lo que sucedía, empezaron a terraplenar la bocana del puerto. Pero en la mayor parte de los puntos su intento fracasó, debido a la profundidad del mar y a que nada de lo que arrojaban lograban que cuajara ni prendiera. Lo que echaban, el oleaje y la fuerza de la corriente lo esparcía en el acto, y se les desparramaba. En un punto donde había un bajío lograron, tras muchas fatigas, que se les sostuviera un terraplén, en el que encalló una cuatrirreme que había hecho una salida nocturna. Los romanos la capturaron: sobresalía por la construcción de su estructura. Los romanos, una vez se hubieron apoderado de ella, la dotaron de una tripulación escogida, y acechaban a todos los que entraban navegando, principalmente al rodio. Precisamente éste había penetrado de noche, y después se hizo a la mar a la vista de todos. Vio que la cuatrirreme le atacaba con toda intención, reconoció a la nave y se alarmó. Primero intentó vencerla en velocidad, pero cogido por la habilidad de la otra tripulación, al final viró y se vio obligado a trabar combate con el enemigo. Superado por el número y la selección de la dotación de la nave romana, el rodio cayó en manos del adversario. Los romanos, dueños entonces también de esta nave, muy bien equipada, la dispusieron según sus necesidades, y así anularon la audacia de los que navegaban hacia Lilibeo.

Los asediados activaban energicamente sus defensas, pero habían renunciado a derrumbar y a destruir los dispositivos del enemigo, cuando he aquí que se

levanta un viento, contra los mismos soportes<sup>124</sup> de los ingenios de guerra, de tal fuerza e ímpetu que hacía tambalear las galerías y, con su violencia, se llevó las 3 torres protectoras. En este momento unos mercenarios griegos advirtieron que aquel cambio les era propicio para destruir los ingenios romanos, y comunicaron su 4 observación al general cartaginés. Éste la acogió, y al instante dispuso las medidas necesarias para la operación. Aquéllos jóvenes, entonces, formaron grupos compactos, y desde tres lugares pegaron fuego a las obras. 5 Y como sus aparejos eran muy combustibles, porque eran viejos, y la fuerza del viento arreciaba y hacía trastabillar los soportes de las torres y de los ingenios bélicos, la acción devoradora del fuego resultó fuerte y eficaz, mientras que la defensa y el auxilio de los romanos terminaron siendo tan difíciles como inútiles. 6 En efecto, tal era el desconcierto que producía la catástrofe a los que intentaban salvar las obras, que eran incapaces de comprender y ver lo que se estaba desarrollando. Cegados por el hollín que les caía encima, por las centellas y por la densa humareda, no pocos caían y perecían sin lograr acercarse al lugar donde 7 debía efectuarse la defensa. Y cuanto más embarazosa era la situación para los romanos por las causas ya dichas, tanto más fácil lo era para los incendiarios. 8 Pues todo lo que cegaba y dañaba era llevado por el soplo del viento y empujado contra los enemigos,

<sup>124</sup> Aquí el texto griego no es muy claro: PATON, *Polybius*, apunta «los aparatos que hacían avanzar los ingenios de guerra, y SCHWEIGHÄUSER, *Polybii...*, «in ipsas machinas quae admovabantur». Es menos convincente. La idea parece ser que los ingenios de guerra (principalmente arietes y catapultas) estaban clavados a plataformas móviles, que podían avanzar o retroceder, según se necesitara; además, estaban protegidas por unos cobertizos que defendían, principalmente, a los servidores de las piezas. Es lo que en latín se llamaba *vinea*. Las torres protegían el conjunto. El viento, naturalmente, era un terral.

mientras que los disparos o las teas destinadas a los defensores y a la destrucción de las obras daban en el blanco, porque los que los tiraban veían bien los lugares que tenían delante, y sus proyectiles eran eficaces: los golpes resultaban devastadores, ya que la fuerza del viento ayudaba a los que los lanzaban. La 9 destrucción acabó por ser tan completa, que el fuego inutilizó los soportes de las torres y las estructuras de los arietes. Todo esto hizo que los romanos renunciaran a seguir el asedio con ayuda de máquinas. Excavaron un foso en torno a la ciudad, la rodearon de una trinchera circular, envolvieron su propio campamento con un muro y confiaron la operación al tiempo. Los 11 de Lilibeo reconstruyeron su muralla, que había sido destruida, y soportaron el cerco ya con confianza.

#### Batalla de Drépana

Llegó a Roma la noticia de este 49 estado de cosas, y después fueron muchos los que anunciaron que la mayor parte de las dotaciones de la flota se habían perdido en las obras y en el asedio en general. Entonces, los 2 romanos reclutaron con todo celo marineros, juntando unos diez mil, y los enviaron a Sicilia. Cuando atrave- 3 saron el estrecho, y llegaron a pie al campamento de Lilibeo, el cónsul romano, Publio Claudio<sup>125</sup>, reunió a los tribunos<sup>126</sup> y les manifestó que era el momento de navegar hacia Drépana con toda la flota, porque Adér- 4 bal, el general cartaginés que detentaba allí el mando, no estaba preparado para tal eventualidad. Ignoraba, en efecto, la presencia de las tripulaciones romanas, y estaba convencido de que la flota enemiga no podía navegar por la pérdida de hombres sufrida durante el

<sup>125</sup> Estamos en el años 249/248.

<sup>126</sup> Se trata de los *tribuni militum*. Durante la época republicana, que es la que historia Polibio, eran los oficiales de más edad de cada una de las legiones.

5 asedio. Los tribunos asintieron sin poner dificultades, y Publio Claudio hizo embarcar al punto las dotaciones ya veteranas y también las recién llegadas; pero en cuanto a las tropas encargadas de los abordajes, escogió de todo el ejército a los mejores que se habían presentado voluntarios porque la navegación era corta y el lucro les parecía seguro. Realizados todos estos preparativos, se zarpó a media noche sin que los enemigos lo notaran. Los romanos emprendieron la navegación agrupados al principio, con la costa a su derecha <sup>127</sup>. Las primeras naves aparecieron en Drépana al amanecer, y Adérbal, al verlas, primero se extrañó ante cosa tan inesperada. Sin embargo, se recobró pronto, y al observar el ataque naval de los romanos, decidió intentar y soportar todo antes que permitir verse sitiados y sufrir el asedio previsible. Con este fin concentró inmediatamente a sus dotaciones en la costa y por medio de una proclama reunió a los mercenarios de la ciudad. Ya congregados, les imbuyó en breves palabras la idea de que podían esperar la victoria si se atrevían a una batalla naval, y les recordó las penalidades de un asedio si se mostraban remisos al considerar el peligro. Los mercenarios se declararon dispuestos con prontitud a la batalla, y clamaban que se les condujera sin tardanza a ella. Adérbal alabó y aceptó su ardor, ordenó que embarcaran a toda prisa, que observaran su nave y que le siguieran, a popa de ella. Aclaró, pues, lo dicho con toda diligencia, y él mismo fue el primero en iniciar la navegación. Salió casi rozando las rocas, por el lado de la rada opuesto a aquél por donde penetraba el enemigo.

50 Publio Claudio, el cónsul romano, vio que, contra lo que él esperaba, los enemigos ni cedían ni se quedaban inactivos ante aquella arremetida naval, sino

<sup>127</sup> Es decir, en dirección N.

que estaban prestos a combatir. De sus naves, unas se encontraban ya dentro del puerto, otras en la misma bocana, mientras que las restantes estaban ya muy próximas a ella. Ordenó a toda su escuadra virar en redondo y navegar de nuevo hacia fuera. Pero este viraje hizo que las naves que estaban ya en el puerto chocaran contra las de la bocana, lo cual ocasionó una gran confusión entre las tripulaciones, y, además, al entrec chocar unos navíos con otros, se quebraban mutuamente las hileras de remos. Con todo, los trierarcos iban alineando paralelamente a la costa los buques que iban saliendo, e inmediatamente les disponían de manera que presentaran la proa al enemigo. Publio Claudio había navegado desde el inicio detrás de toda la escuadra; entonces, en plena navegación, viró hacia alta mar, y se situó a la izquierda de su formación. Adérbal, por su parte, rebasó en aquel mismo momento la izquierda adversaria con cinco naves de gran calado, y situó la suya de proa contra el enemigo, desde alta mar. Y al tiempo que iba navegando, transmitía órdenes, por medio de sus oficiales, a las que establecían contacto con él, para que se unieran a su alineación e hicieran lo que él mismo. Situadas ya todas de frente, dio la señal por medio de la consigna, y empezó el ataque frontal. Los romanos permanecían junto a la costa, porque iban recogiendo las naves que salían del puerto, de lo que les resultó una gran desventaja, porque iban a librar la batalla pegados a la tierra firme.

Cuando estuvieron a poca distancia, las dos naves capitanas dieron la señal, y ambas escuadras se arremetieron mutuamente. Al principio la pugna fue incisa, porque ambos bandos echaban mano, como si fueran soldados de marina, de lo más escogido de sus tropas terrestres. Pero, poco a poco, los cartagineses se iban imponiendo, porque en el conjunto de la re-

4 friega tenían muchas ventajas. Eran muy superiores en velocidad por la sobresaliente construcción de sus naves y por el entrenamiento de sus tripulaciones; además, les favorecía mucho el paraje, pues habían dispuesto su formación en alta mar. Si algunas de sus naves se veían acosadas por el enemigo, retrocedían a 5  
6 alta mar con toda seguridad, por su gran rapidez; después se revolvían contra las naves atacantes que les perseguían, navegaban en torno suyo, arremetían contra ellas de refilón cuando también viraban, y las romanas se veían en apuros debido a su pesadez y a la impericia de sus dotaciones. Recibían una lluvia de impactos y se hundían en gran número. En cambio, si una nave de la formación cartaginesa corría peligro, la ayudaban prestamente desde sitio seguro y la sacaban del riesgo; para ello navegaban desde el mar abierto junto 8  
9 a la popa de la nave amenazada. Naturalmente, a los romanos les ocurría todo lo contrario. Los acosados no podían retroceder, ya que libraban la batalla junto a la tierra firme; cada vez que una de sus naves se veía acorralada por las que tenía enfrente, o bien caía en los bajíos y encallaba de proa, o bien se estrellaba, 10  
11 empujada contra la costa. La impericia de las dotaciones romanas y la pesadez de sus naves hacía imposible algo que proporciona grandes éxitos en las batallas navales: navegar entre los navíos enemigos y salir por detrás contra los que pelean contra la formación propia <sup>128</sup>. Ni siquiera podían todavía socorrer por la popa a los que lo necesitaban, porque los que querían prestarles ayuda se encontraban pegados a la costa y no disponían ni de un mínimo espacio. Al ser tal el desastre general de la batalla, y como unas naves habían encallado en los bajíos y otras habían naufragado,

<sup>128</sup> Es una táctica muy corriente en las batallas navales antiguas.

el cónsul romano, al ver lo ocurrido, se lanzó a la fuga desde el flanco izquierdo, bordeando la costa, y con él treinta naves, las que tenía más cerca. Los cartagineses se apoderaron de los navíos restantes, noventa y tres en número, y también de sus dotaciones, a excepción de aquellos hombres que lograron escapar por haberse estrellado sus naves contra la costa.

Librada esta batalla naval, Adérbal alcanzó un gran 52  
prestigio entre los cartagineses, puesto que gracias a él, a su previsión y audacia, se había llegado a un término feliz. Publio Claudio, por el contrario, se vio entre 2  
los romanos muy desacreditado y acusado, porque se había lanzado de una manera irracional e impremeditada a aquella empresa, y por su culpa había infligido un daño no pequeño a la ciudad de Roma. Por eso, a 3  
continuación le sometieron a juicio y le impusieron una fuerte multa y duras condenas. Sin embargo, los 4  
romanos, a pesar de estos sucesos, como ambicionaban el dominio universal, encajaron el desastre sin descuidar sus posibilidades, sino que se aplicaron a la prosecución de las operaciones. Por eso, llegado el tiempo 5  
de la elección de los magistrados, y nombrados los cónsules, a uno de ellos, Lucio Junio <sup>129</sup>, le mandan sin dilación a abastecer de víveres a los que asediaban Lilibeo, y de las demás mercancías y provisiones para el ejército; como escolta dotaron sesenta naves. Lucio 6  
Junio, al llegar a Mesina, recogió las naves que le salieron al encuentro desde el campamento y desde otras partes de Sicilia y se trasladó rápidamente a Siracusa con ciento veinte naves de guerra y casi ochocientas 7  
naves de carga que transportaban las mercancías. Desde allí, después de entregar a los cuestores la mitad de

<sup>129</sup> Aquí Polibio sufre una confusión, ya que Lucio Junio Pulo no era sucesor, sino colega de Publio; estamos en el año 249.

los barcos de carga y algunas de las naves de guerra, les mandó zarpar de inmediato, pues tenía gran interés en avituallar al ejército de lo que necesitara. El se quedó en Siracusa para recoger a los que en la navegación desde Mesina habían quedado rezagados y para recibir la entrega de trigo que le harían los aliados del interior.

53

*Más desastres  
navales romanos*

2

el mando, Cartalón, treinta naves, además de las setenta que él mismo había traído, y le destacó con la orden de caer de improviso sobre la flota enemiga fondeada en Lilibeo, apoderarse de las naves que pudiera e incendiar las restantes. Cartalón cumplió las instrucciones, se hizo a la mar al rayar el alba, pegó fuego a unas naves enemigas y remolcó otras, con lo que sobrevino una gran confusión en el campamento de los romanos. En efecto, mientras corrían a proteger sus buques entre un gran griterío, Imilcón, el que defendía Lilibeo, cuando ya se hizo de día observó lo ocurrido, y mandó allí, desde la ciudad, a los mercenarios. Y los romanos, como los peligros se cernían sobre ellos por todas partes, cayeron en un desánimo no pequeño ni vulgar. El almirante cartaginés, que había logrado tirar de algunos navíos e incendiar otros, una vez realizado todo ello se apartó algo de Lilibeo en dirección a Heraclea y quedó al acecho, con la intención de cerrar el paso a los que navegaran hacia el campamento. Cuando los vigías le avisaron de que naves de todo tipo se dirigían, en gran cantidad, hacia allí y ya estaban cerca, levó anclas y se hizo a la mar, movido por el afán de trabar combate, porque a causa de su anterior victoria, menospreciaba a los romanos. En

tonces mismo los laúdes que habitualmente navegaban al frente de la formación anunciaron a los cuestores, mandados desde Siracusa a los puestos avanzados, la aproximación de los enemigos. Los cuestores <sup>130</sup> no se creyeron con efectivos suficientes para una batalla naval, por lo que fondearon delante de un villorrio <sup>131</sup> de los que habían sometido. No tenía puerto, pero disponía de atracaderos, y unos brazos de tierra le resguardaban frente a la costa. Los siracusanos desembarcaron allí, montaron las ballestas y las catapultas que sacaron de la ciudad y aguardaron la llegada del adversario. Cuando los cartagineses se aproximaron, inicialmente se dispusieron a bloquearlos porque estaban convencidos de que los hombres, aterrorizados, se retirarían hacia el villorrio, y ellos podrían apoderarse sin riesgo de las naves. Pero, como su esperanza no prosperaba, sino que, por el contrario, los romanos se defendían con entereza, y como el paraje presentaba dificultades de toda especie, arrastraron unos pocos transportes cargados de vituallas y se retiraron hacia un río, fondearon allí, y así aguardaban la salida de los romanos.

El cónsul que había quedado en Siracusa, cuando hubo cumplido sus propósitos, dobló el cabo Paquino con rumbo hacia Lilibeo; ignoraba totalmente lo ocurrido a los que habían zarpado con anterioridad. Los vigías señalaron al almirante cartaginés la reaparición del adversario, por lo que navegó velozmente a alta mar, con la intención de entablar combate contra estos romanos a la mayor distancia posible de la otra flota enemiga. Junio había avistado de lejos la escuadra de los cartagineses, con su gran número de navíos,

<sup>130</sup> Aunque la función de los *quaestores* era básicamente administrativa, ello no excluye que alguna vez, como precisamente aquí, lleguen a ejercer un mando militar.

<sup>131</sup> Parece que se trata de la población de Gela.

y no se atrevió a establecer contacto. Pero tampoco podía ya huir, por la proximidad del enemigo. Viró, pues, hacia unas aguas agitadas y peligrosas desde todos los puntos de vista, y fondeó en ellas; prefería sufrir lo que fuera preciso, a dejar que el enemigo se apoderara de su ejército íntegro. Dándose cuenta de la situación, el almirante cartaginés renunció a exponerse y a acercarse a aquellos parajes, y ocupó un promontorio, delante del que fondeó, y observaba a las dos flotas, apostado entre ambas. Pero, como sobrevino un temporal y el estado del mar presagiaba una mar arbolada más general, los pilotos cartagineses que, por su conocimiento de aquellos parajes y el cariz del tiempo preveían lo que se avecinaba y predijeron lo que sucedería, convencieron a Cartalón de huir de la tempestad y doblar el cabo Paquino. Cartalón, efectivamente, aceptó con buen juicio el consejo, y los cartagineses, tras muchas penalidades, rebasaron a duras penas el cabo, y lograron fondear en lugar seguro. Mientras tanto, cuando sobrevino la tormenta, las flotas romanas, como aquellos parajes no disponían en absoluto de abrigos, quedaron destrozadas de tal modo, que ni siquiera de los restos del naufragio quedó nada aprovechable, pues ambas resultaron inutilizadas por completo por este desastre imprevisto.

Ello hizo que los cartagineses volvieran a levantar cabeza y que sus esperanzas progresaran otra vez. Los romanos, por su parte, que ya habían sufrido antes descalabros, pero ahora un desastre general, abandonaron totalmente el mar, aunque continuaron dominando la tierra firme. Los cartagineses, superiores, pues, en lo naval, no excluían totalmente la idea de apoderarse también de los territorios. Tanto en Roma como en los campamentos de Lilibeo todo el mundo se lamentaba, tras tales acontecimientos, de los desastres reseñados. No se descartó, sin embargo, el propósito que les había

llevado al asedio; unos ponían todo su empeño en aprovisionar por tierra, mientras que los otros resistían en su lugar con todas sus fuerzas. Tras el naufragio, Lucio Junio regresó al campamento y, abrumado, se puso a idear algo nuevo para realizar alguna cosa con éxito; le urgía resarcirse de los estragos sufridos. Así que aprovechó un pretexto insignificante y se adueñó de Érice mediante una intriga. Con ello, dominó el templo de Afrodita<sup>132</sup> y la ciudad. Érice es un monte junto a la costa de Sicilia, en el lado que está frente a Italia, situado entre Drépana y Palermo, pero más seguro y colindante con Drépana. Por su altitud supera en mucho a los demás montes de Sicilia<sup>133</sup>, a excepción del Hercte. En la misma cumbre de esta altura, que es una llanada, se levanta el templo de Afrodita Ericina, el cual, sin duda alguna, es el más suntuoso de Sicilia, tanto por las riquezas que alberga como por la magnificencia de su construcción. La ciudad está situada debajo mismo de la cumbre, y la ascensión hacia ella dura mucho y es penosa desde todas partes. Lucio Junio estableció una posición en la cumbre y, al propio tiempo, otra en los accesos a Drépana. Vigilaba con cuidado ambos parajes, pero aún más el de la cuesta, convencido de que con ello no sólo retenía con segu-

<sup>132</sup> Es el templo de Afrodita Ericina, donde se practicaba la prostitución sagrada.

<sup>133</sup> Aquí hay un problema de crítica textual, que condiciona la traducción; la lectura griega adoptada es la de Büttner-Wobst. Pero PÉRISSÉ, *Polybe*, I, ad loc., conjetura que se trata del monte llamado antiguamente Heircte (hoy Castellaccio); el monte Érice es, sin duda, el actual San Giuliano. Sea como sea, el monte aquí aludido no es el más alto de Sicilia. Con todo, el término griego no significa necesariamente «alto»; puede significar «imponente», «excepcional», en cuyo caso, aun ignorando la causa que hace que Polibio califique el monte así, la falsedad de su afirmación desaparecería.

ridad la población, sino que además dominaba todo el monte.

36

Después de esto, los cartagineses nombraron comandante a Amílcar, el llamado Barca<sup>134</sup>, y le confiaron la dirección de su flota.

*Estrategia  
de Amílcar Barca*

2

Él, pues, tomó el mando de las

fuerzas navales, y navegó hacia Italia para devastarla; era el año dieciocho de aquella guerra. Taló la Lócride<sup>135</sup> y el país de Brutio, zarpó de allí con toda su escuadra y desembarcó en la región de Palermo, donde conquistó el lugar llamado Hercte, situado entre Érice y Palermo, en el litoral. Este punto aventaja mucho a los demás: su emplazamiento es muy apto para la seguridad de los campamentos en una estancia prolongada, porque se trata de un monte abrupto y suficientemente alto, que se yergue dominando los territorios circundantes. El perímetro de la corona superior no es inferior a los cien estadios, y bajo ella, las tierras que la rodean ofrecen buenos pastos y son, además, cultivables. La montaña está excelentemente situada en cuanto a los vientos marinos, y carece en absoluto de animales mortíferos. La cercan barrancos infranqueables, tanto del lado del mar como viniendo de tierra adentro; el espacio intermedio entre ellos precisa sólo una defensa pequeña y reducida. En este monte hay también un mamelón que sirve tanto de fortaleza, como de excelente atalaya del país que tiene a sus pies. Dispone de un puerto muy favorable para efectuar incursiones contra Italia tomando como base Drépana y Lilibeo, y en él hay agua en abundancia. Hacia él hay sólo tres accesos, los tres muy escabro-

<sup>134</sup> Estamos en los años 247/246.

<sup>135</sup> Los locrios epicefirios habían fundado una colonia al S. de Italia, a la altura de la actual Reggio, pero en la costa del mar Jonio.

sos, dos por tierra y uno por mar. Amílcar, pues, 9 acampó aquí, de modo arriesgado, ciertamente, ya que no tenía a su alcance ni ciudad amiga ni otra esperanza, y se había situado en medio del enemigo. Pero llevó a los romanos combates no pequeños ni ordinarios. En primer lugar, desde allí hacía incursiones 10 por mar, y devastaba el litoral italiano hasta el territorio de Cumas, y, además, al haber acampado los romanos frente a él, delante de la ciudad de Palermo, 11 a una distancia aproximada de cinco estadios, trabó con ellos muchos combates de todo tipo durante casi tres años. Pero hacer una narración pormenorizada de estas luchas es imposible.

En efecto, como cuando, en la pelea por una corona, dos púgiles sobresalientes por su coraje y sus aptitudes se asestan ininterrumpidamente golpe tras golpe, a los espectadores y a los propios contendientes les es imposible realizar un pronóstico y explicar cada golpe y cada acoso; en cambio la conjunción del vigor 2 y del ardor de ambos hombres permite hacerse una idea suficiente de su saber, de su potencia y de su ardimiento. Esto es lo que ocurría con los generales citados<sup>136</sup>. Un autor sería incapaz de enumerar las ideas 3 y las modalidades con que cada día se tendían emboscadas y contraemboscadas, daban golpes de mano y libraban escaramuzas; para los lectores ello sería inacabable, y, al mismo tiempo, la utilidad de tal lectura sería nula. Pero la exposición general de los hechos y 4 el desenlace definitivo de las operaciones permitirán una comprensión mejor de lo reseñado. Allí no se omitió ninguna de las estratagemas registradas por la historia ni ninguna argucia ofrecida por la ocasión o 5 por circunstancia concurrente ni nada de aquello que

<sup>136</sup> Polibio ha citado sólo al general cartaginés, pero no al romano: ha sufrido, pues, un *lapsus*.

6 una audacia enérgica e imprevisible exige. Muchas eran las causas que imposibilitaban una decisión: las fuerzas de ambos eran aproximadas en número, las tierras que rodeaban las trincheras eran igualmente inaccesibles por su fragosidad; la distancia entre ambos campamentos era muy pequeña. Aquí radicaba la causa principal de que día tras día hubiera encuentros parciales continuos, pero nunca se librara una batalla campal. Pues siempre ocurría que en los combates morían sólo los que llegaban a las manos; en cambio, los que retrocedían quedaban inmediatamente fuera de peligro, bajo la protección de sus propias defensas, y de nuevo se revolvían y regresaban al combate.

58 Sin embargo, la Fortuna, a fuer de árbitro imparcial<sup>137</sup>, les arrebató, contra todo pronóstico, del lugar indicado y del modo de lucha, y les encerró en una contienda más peligrosa en un espacio más reducido.

2 En efecto, a pesar de que los romanos custodiaban el Érice tanto en su cumbre como al pie del monte, tal como expusimos<sup>138</sup>, Amílcar ocupó la ciudad de los ericinos, que estaba entre la cima y los que acampaban al pie de la montaña. Así, de modo imprevisible, los romanos, dueños de la altura, tuvieron que soportar un asedio y sufrir sus peligros, mientras que los cartagineses, batidos desde todas partes, resistían increíblemente, tanto más cuanto el aprovisionamiento no les llegaba con facilidad, ya que se comunicaban con el mar por un paraje únicamente, el cual disponía de una sola ruta. Pero también aquí los dos bandos, que empleaban uno contra otro toda suerte de recursos y armas propios de un asedio, que soportaban toda clase de penalidades, cuando hubieron probado ataques y

<sup>137</sup> Referencia al uso griego, según el cual en cualquier competición, cuando el resultado era indeciso, un árbitro decidía quién era el vencedor.

<sup>138</sup> I 55, 6-10.

peleas de todo tipo, acabaron por trenzar la corona sagrada<sup>139</sup>, no extenuados y vencidos por el sufrimiento, que es la tesis de Fabio Pictor, sino como hombres invictos e impasibles. Lo que ocurrió fue que, antes de superar un bando al otro en los dos años que lucharon en aquellos parajes, la guerra concluyó de otra manera.

La situación del Érice y de las fuerzas de tierra tenía este desarrollo, pero Roma y Cartago parecían dos gallos de pelea de buena raza cuando luchan por su vida. Muchas veces, éstos han perdido ya el uso de las alas por encontrarse extenuados, pero conservan el coraje intacto, y siguen asestandose golpes<sup>140</sup> hasta que, cayendo maquinalmente uno encima del otro, se agarran por una parte vital, y, entonces, uno de los dos acaba por morir. Así, romanos y cartagineses, rendidos ya de fatiga por los lances ininterrumpidos, acabaron convirtiéndose en insensibles, y sus fuerzas se paralizaron, agotadas por los impuestos y gastos continuos.

Pero los romanos luchaban con el mismo ánimo en busca de recursos materiales, aunque hacía casi cinco años que habían renunciado totalmente a las operaciones navales, debido a sus descalabros<sup>141</sup>, y, además, porque estaban convencidos de que con sus tropas terrestres decidirían la guerra. Sin embargo, al ver 2

<sup>139</sup> Pese a lo dicho en la nota 137, alguna vez ni el árbitro era capaz de decidir un vencedor, en cuyo caso la corona destinada a él se ofrendaba a los dioses.

<sup>140</sup> No todos los traductores interpretan así la frase griega correspondiente; SCHWEIGHÄUSER, *Polybii...*, traduce exactamente lo contrario: *omittunt aliquantisper plagas*. Pero el verbo griego recubierto aquí por «asestar» siempre significa, en Polibio, «disparar», aunque en general presenta también la acepción de «omitir».

<sup>141</sup> Se refiere, principalmente, a los descalabros de Camarina (255).

entonces que la empresa no prosperaba según sus cálculos, principalmente por la audacia del general cartaginés, decidieron depositar por tercera vez sus esperanzas en las fuerzas navales. Suponían que sólo a través de este proyecto, si lograban conducir su empresa con acierto pondrían un final ventajoso a esta guerra. Y acabaron por lograrlo. Primero habían cedido a los azares de la Fortuna y se habían retirado del mar; después fueron derrotados en la batalla naval de Drépana. De modo que entonces hicieron la tentativa por tercera vez, y gracias a ella vencieron: cortaron los aprovisionamientos por mar a los campamentos cartagineses del Érice, y acabaron definitivamente la guerra. En esta empresa, el espíritu bélico fue decisivo, porque en el erario público ya no había dinero para el proyecto, pero por la emulación y la generosidad que demostraron los hombres más importantes hacia el bien común se encontró el medio de llevarlo a cabo. En efecto, cada uno individualmente, o entre dos o tres, según las posibilidades, se prestaron a abastecer una quinquerreme ya equipada, a condición de recobrar los gastos si la empresa se desarrollaba tal como esperaban. De esta manera, no tardaron nada en disponer doscientas naves quinquerremes, que fabricaron siguiendo el modelo de la embarcación rodia<sup>142</sup>, y, a continuación, nombraron jefe supremo a Cayo Lutacio y le enviaron con la flota a principios del verano. Este apareció inopinadamente en los parajes de Sicilia, precisamente cuando la flota cartaginesa se había retirado en su totalidad a sus bases, y se apoderó del puerto de Drépana y de las posiciones y fondeaderos próximos a Lilibeo. Concentró las máquinas de guerra alrededor de la ciudad de Drépana y, luego de disponer todo lo demás para el asedio, se dedicó infatigablemente a

<sup>142</sup> Cogida a Anfbal el rodio (I 46, 4-13; 47, 1-10).

ello, haciendo todo lo posible; al mismo tiempo, como preveía la arribada de la flota cartaginesa, y no dejaba de tener presente el plan inicial, según el cual sólo mediante una batalla naval se podría obtener una decisión irreversible de la guerra, no toleró que el tiempo transcurriera de manera inútil ni ociosa. Cada día ordenaba a las dotaciones, maniobras y ejercicios adecuados a la operación que planeaba; perseveró, además, en los entrenamientos restantes, y en muy breve tiempo convirtió a sus soldados de marina en atletas para las maniobras futuras.

*Batalla naval de las islas Egatas*

Los cartagineses, cuando supieron que, contra lo que ellos sospechaban, los romanos se habían hecho a la mar y que otra vez les disputaban el dominio del mar, equiparon al instante sus buques, los cargaron de trigo y de las demás provisiones, y enviaron la flota: no querían que en los campamentos del Érice llegara a faltar nada de lo necesario. Nombraron a Hannón<sup>143</sup> jefe de la fuerza naval, y éste, después de zarpar con dirección a la isla llamada Sagrada<sup>144</sup>, donde recaló, siguió avanzando, presuroso por llegar a Érice sin que los enemigos lo advirtieran, para depositar las provisiones y aligerar el peso de las naves; después cogió como marineros a los mercenarios más aptos, y a Amílcar Barca con ellos, para pelear contra el adversario con tal ayuda. Cayo Lutacio, avisado de la presencia de Hannón y de los suyos, adivinó sus propósitos. Recogió del ejército de tierra a los hombres

<sup>143</sup> No debe de ser el Hannón vencido en Agrigento (I 18, 8) y derrotado en Ecnomo (I 28, 1 y sigs.), porque los cartagineses raramente confiaban el mando a un general derrotado repetidamente.

<sup>144</sup> La isla llamada actualmente Maretimo, la más occidental de las Egatas.

más fuertes y navegó hacia la isla de Egusa<sup>145</sup>, situada  
 5 frente a Lilibeo. Allí arengó a sus fuerzas en términos  
 adecuados a la ocasión, y luego hizo saber a los pilotos  
 6 que al día siguiente se libraría la batalla naval. Al  
 rayar el alba, con las primeras luces, Lutacio, viendo  
 que se había levantado un fuerte viento que le difi-  
 cultaba la navegación de cara, y, en cambio, la favo-  
 recía al enemigo, porque el mar estaba movido y en-  
 crespado, inicialmente vaciló acerca de lo que debía  
 7 hacer en aquellas circunstancias, pero luego calculó  
 que si trababa la batalla durante la tormenta, lo hacía  
 contra Hannón, contra sus fuerzas navales y contra  
 8 unas naves todavía cargadas. En cambio, si esperaba  
 la bonanza y, con este aplazamiento, permitía el paso  
 del enemigo, que llegaría a establecer contacto con su  
 propio campamento, debería vérselas con naves muy  
 maniobreras, y además aligeradas, contra los hombres  
 más vigorosos del ejército de tierra y, lo más grave,  
 contra la audacia de Amílcar Barca, que era entonces  
 9 más temible que ninguna otra cosa. Por todo ello,  
 decidió no desaprovechar la ocasión presente; vio que  
 las naves enemigas navegaban a toda vela, y él mismo  
 10 zarpó con rapidez. Debido a su entrenamiento, las  
 dotaciones romanas capearon fácilmente el temporal y  
 Lutacio desplegó en muy poco tiempo sus naves de una  
 en fondo; dispuso su flota de proa contra el enemigo.  
 61 Al ver que los romanos les interceptaban la tra-  
 vesía, los cartagineses bajaron las vergas<sup>146</sup>, se exhor-  
 2 taron de nave a nave y embistieron al enemigo. Pero  
 como la situación de ambas partes era la inversa a la  
 de la batalla naval que se había librado en Drépana,  
 también, naturalmente, el final de la batalla fue de

<sup>145</sup> Cf. nota 122.

<sup>146</sup> Porque hasta entonces habían navegado a favor del viento, sin necesidad de remar. Pero, en las batallas navales, las embarcaciones siempre se movían a remo, con el velamen abatido.

signo distinto. En efecto, los romanos habían modifi- 3  
 cado la construcción de sus buques, y habían eliminado  
 toda la carga, a excepción de lo indispensable para  
 una batalla naval; las dotaciones, bien entrenadas, die-  
 ron un rendimiento muy superior; además, poseían  
 soldados de marina escogidos de los campamentos de  
 tierra, unos hombres que no sabían ceder. Y a los car- 4  
 tagineses les ocurrió lo contrario. Sus naves, lastradas,  
 resultaban poco útiles para correr el riesgo, sus dota-  
 ciones eran completamente bisoñas y habían embar-  
 cado de manera ocasional. Los combatientes eran re-  
 cién alistados y experimentaban por primera vez  
 aquellos sufrimiento y penalidades. Pues como los 5  
 cartagineses creían que los romanos ya nunca iban a  
 disputarles el mar, los desdénaron y descuidaron sus  
 fuerzas navales. Así pues, derrotados en muchas partes 6  
 en el mismo momento de iniciar el choque, abando-  
 naron rápidamente; perdieron, hundidas, cincuenta na-  
 ves, y les fueron cogidas setenta con sus dotaciones.  
 Las que quedaban levantaron sus vergas y, merced a 7  
 un viento favorable, se replegaron de nuevo a la isla  
 Sagrada de manera tan inesperada como feliz; cola-  
 boró con ellos un viento que sopló en el instante pre-  
 ciso en que lo necesitaron. El general romano regresó 8  
 a sus campamentos de Lilibeo, y allí se hizo cargo de  
 las naves capturadas y de los prisioneros, trabajo no  
 pequeño, porque los prisioneros cogidos en el encuen-  
 tro no bajaban mucho de los diez mil.

*Fin de la guerra.  
 El tratado de paz*

Los cartagineses se enteraron 62  
 de aquella inesperada derrota.  
 Empujados por su ardor y sus  
 ambiciones, estaban dispuestos a  
 continuar la guerra, pero sus re-  
 cursos ya habían llegado al límite. Ya no estaban en 2  
 situación de aprovisionar a sus fuerzas de Sicilia, pues-  
 to que ahora dominaba el mar el adversario. Si las

abandonaban, lo cual, en cierto modo, era una traición, ya no disponían ni de fuerzas ni de generales para hacer la guerra. Por ello, mandaron sin dilaciones mensajeros a Amílcar Barca y le otorgaron plenos poderes en todos los campos. Amílcar, entonces, actuó de manera muy propia de un general juicioso y prudente, porque mientras la situación presentó alguna esperanza razonable, no dejó de hacer nada, por terrible o arriesgado que pareciera; por el contrario, había tanteado, más que cualquier otro general, todas las posibilidades de victoria. Pero cuando la situación le fue tan adversa que ya no quedaba medio razonable para salvar a los que tenía a sus órdenes, cedió a las circunstancias de manera sensata y objetiva, y envió mensajeros a tratar de tregua y de paz. Pues hay que considerar que es propio de un auténtico general ser capaz de ver tanto la oportunidad de vencer, como la de abandonar.

Lutacio aceptó con gusto tales proposiciones, porque comprendía que los romanos estaban agotados y cansados de aquella guerra. Ellos y los cartagineses pusieron fin a sus diferencias con un pacto redactado así: «Que haya amistad entre romanos y cartagineses bajo las cláusulas siguientes, si las ratifica el pueblo romano: los cartagineses se retirarán de toda Sicilia, no lucharán contra Hierón, ni tomarán las armas contra los siracusanos ni contra sus aliados. Devolverán a los romanos los prisioneros sin rescate alguno, y abonarán a los romanos dos mil doscientos talentos de Eubea en un plazo de veinte años.»

Todo esto fue comunicado a Roma, y el pueblo no estuvo conforme con tal pacto, sino que envió a los decemvros para que se encargasen de las negociaciones. Éstos, una vez allí, no cambiaron ninguno de los acuerdos generales, pero impusieron condiciones más duras a los cartagineses. Redujeron a la mitad el

tiempo de abonar los impuestos, que, además, subieron en mil talentos, y añadieron la orden de evacuar las islas que hay entre Italia y Sicilia.

La guerra suscitada entre romanos y cartagineses por el dominio de Sicilia acabó así, con las cláusulas citadas. Habían luchado ininterrumpidamente durante veinticuatro años<sup>147</sup>. Entre las que conocemos por haber oído hablar de ellas, se trata de la guerra más larga, más continuada y más relevante. En ella —para no hablar de los restantes combates y fuerzas que hemos dicho más arriba—, ambos bandos trabaron una vez combate naval con más de quinientas quinquerremes, y en otra ocasión, poco faltó para que fueran setecientas las quinquerremes contendientes. En esta guerra los romanos perdieron unas setecientas quinquerremes, incluidas las hundidas en los naufragios, y los cartagineses unas quinientas, de manera que los admiradores de las flotas y las batallas navales de Antígono, Ptolomeo y Demetrio<sup>148</sup>, cuando conozcan estos números, es natural que se pasmen ante la magnitud de estos hechos. Además, si se tiene en cuenta la superioridad real de las quinquerremes sobre las trirremes con que lucharon los persas contra los griegos, y después atenienses y espartanos entre sí, no se podrán en absoluto encontrar fuerzas tan potentes que hayan batallado en el mar como las de ahora. Ello evidencia lo que ya establecimos al principio: no por la Fortuna, según sostienen algunos griegos, ni por casualidad, sino por una causa muy natural, los romanos, entrenados en tales y tan rudas campañas, no

<sup>147</sup> Del 264 al 240.

<sup>148</sup> Alusión a la batalla de Salamina de Chipre (306), de Cos (260), Andros (hacia el 240). Los personajes citados son Antígono Gonatas, Ptolomeo Filadelfo y Demetrio Poliorcetes. Las caracterizaciones de estos personajes pueden verse en BENGSTON, *Geschichte*, págs. 382-3, 380-1 y 362-5, respectivamente.

sólo intentaron audazmente la hegemonía y el gobierno del universo, sino que, además, consiguieron su propósito.

64 ¿Cuál es entonces la causa, podría objetar alguien, de que los romanos, que habían obtenido el dominio universal y detentaban ahora un poder mucho mayor que el de antes, no pudieran dotar aquel número de 2 naves ni hacerse a la mar con tales flotas? Tendremos ocasión de examinar la causa de esta dificultad cuando lleguemos al tema de la constitución, sobre la que ni nosotros deberemos hablar de un modo marginal, ni 3 los oyentes deberán atender con distracción, porque es un espectáculo hermoso, pero, por decirlo así, casi desconocido hasta ahora. La culpa de ello radica en 4 los historiadores: unos son incompetentes y otros han hecho una exposición confusa y totalmente inútil. Desde 5 luego, en la guerra que acabamos de exponer se puede constatar que los objetivos de ambos estados fueron muy semejantes, no sólo en las operaciones, sino también en su bravura y, principalmente, en su rivalidad 6 por buscar la hegemonía, con la única diferencia de que los soldados romanos fueron no poco superiores desde todos los puntos de vista; pero hay que considerar el mejor general de esta época, tanto por su juicio como por su audacia, a Amílcar, el llamado Barca, padre auténtico de Aníbal, el que más tarde hizo la guerra a los romanos.

65 *La guerra de los mercenarios contra Cartago*

Tras esta paz, a ambos estados les ocurrió algo particular, pero muy semejante<sup>149</sup>. Una guerra civil enfrentó a los romanos contra los llamados faliscos, pero la terminaron de manera rápida y conveniente a sus intereses, al hacerse dueños de su ciudad en pocos días.

<sup>149</sup> Polibio presenta también tendencia a establecer paralelismos entre hechos históricos y a poner de relieve las dife-

Los cartagineses, en cambio, en aquella misma época se vieron envueltos en una guerra no pequeña ni despreciable contra sus propios mercenarios nómidas y africanos, que se les sublevaron. En ella soportaron 4 muchos y grandes horrores, y al final vieron en peligro no ya unos territorios, sino sus propias vidas y el suelo de su patria. Muchas razones aconsejan dete- 5 nerse en esta guerra; la expondremos breve y resumidamente, según nuestro plan inicial. Los sucesos de 6 entonces permitirán de forma insuperable conocer la naturaleza y características de lo que muchos llaman una guerra sin cuartel, y, además, por lo que en esta 7 guerra ocurrió se podrán ver muy claramente las previsiones y precauciones que deben tomar, con gran anticipación, quienes utilizan tropas mercenarias. Se comprenderá, en tercer lugar, en qué se diferencian, y hasta qué punto, las tropas mezcladas y bárbaras, de las educadas en costumbres políticas y en leyes 8 ciudadanas. Pero, sobre todo, lo ocurrido en aquellas circunstancias hará ver las causas que llevaron a la guerra que estalló entre cartagineses y romanos en 9 tiempos de Aníbal. Acerca de los móviles de esta guerra citada hay discusión no sólo entre los historiadores, sino incluso entre los que la hicieron, de modo que es útil presentar a los estudiosos la explicación auténtica.

Pues nada más pactarse la paz ya citada, Amílcar 66 Barca trasladó las fuerzas que estaban en Érice a Lilibeo, y él resignó inmediatamente el mando; el comandante de la ciudad, Gescón, se encargó del transporte de las tropas de Africa. Previendo lo que iba a 2 suceder, tuvo la sensatez de embarcarlas por partes,

rencias entre los griegos y los bárbaros, sin tener por tales a romanos, naturalmente. Cf. el párrafo núm. 7 de este mismo capítulo.

3 que iba separando y despachando a intervalos. Pretendía dar un respiro a los cartagineses, para que los que iban desembarcando y cobrando el resto de lo que se les adeudaba se marcharan de Cartago hacia sus puntos de origen, antes de que les cogieran por sorpresa los siguientes. Firme en este propósito, Gescón iba organizando así lo referente al traslado. Pero los cartagineses, en parte porque iban escasos de dinero, debido a los gastos anteriores, y, además, porque estaban convencidos de que los mercenarios renunciarían a una parte de los sueldos si recibían y congregaban a todos en Cartago, retenían allí, con esta esperanza, a los que iban desembarcando y les iban reuniendo en la ciudad. Pero, como ocurrían muchos desórdenes, tanto de noche como de día, los cartagineses ya en los primeros días recelaron de aquella multitud y de la intemperancia con que se comportaba, por lo que rogaron a los comandantes de los mercenarios que les retiraran a todos a una ciudad llamada Sica<sup>150</sup>; ellos abonarían a cada hombre un áureo<sup>151</sup> para lo más urgente hasta que tuvieran dispuestas las soldadas y hubieran llegado los que aún quedaban.

7 Los comandantes se avinieron sin disgusto a salir, pero querían dejar allí sus equipajes, tal como habían hecho en ocasiones anteriores, porque creían en un regreso inmediato para cobrar sus estipendios. Pero los cartagineses temían que los mercenarios, tras haber regresado después de tanto tiempo, unos por añorar a sus hijos, y otros a sus mujeres, o bien se negarían rotun-

<sup>150</sup> Parece que se trata de una población, Sica Venecia, actualmente El Kef, a 160 km. al S. de Cartago; más tarde los romanos la convirtieron en colonia romana.

<sup>151</sup> El áureo de oro equivale a un didracma de plata, que pesaba 118 gramos de este metal. El sistema monetario cartaginés seguía exactamente igual al fenicio, y no tenía nada que ver con el romano o los griegos.

damente a irse, o bien, si se iban, regresarían otra vez; si era así, la ciudad conocería desórdenes no menores. En previsión de ello, obligaron brutalmente a 9 aquellas tropas a llevarse consigo los bagajes, cosa que no querían en absoluto. Los mercenarios, concentrados 10 en Sica, gozaban, después de mucho tiempo, de ocio y de relajamiento, que es lo más anormal para soldados de oficio, y que casi es, por decirlo así, el origen y la causa única de revoluciones. Vivían licenciosamente, y la inactividad invitaba a algunos de ellos a calcular 11 exageradamente el pico que se les adeudaba. Concretaron la deuda en cifras que la excedían enormemente, y afirmaban que tal cantidad era la que se debía exigir a los cartagineses. Todos recordaban las promesas que 12 los generales les habían hecho cuando les exhortaban en momentos de peligro, y alimentaban muchas esperanzas, es más, una gran confianza, en las compensaciones que obtendrían.

Por eso, cuando todos los mercenarios estuvieron 67 ya reunidos en Sica, Hannón, que entonces era el jefe supremo de los cartagineses de Africa, se presentó allí y les dijo que no se les podían satisfacer las esperanzas ni cumplir las promesas; se refirió, por el contrario, a la dureza de los tributos, a la falta absoluta de recursos de la ciudad, y explicó su intento de que renunciaran a una parte del salario que, como él reconocía, se les adeudaba. Al instante se produjeron la 2 sedición y el motín; había reuniones continuamente, ya por linajes, ya asambleas generales. Los mercenarios 3 no eran todos de la misma nacionalidad ni hablaban idéntico idioma, por lo que el campamento se llenó de confusión, de tumulto y de lo que llama alboroto. Los 4 cartagineses usan siempre de tropas mercenarias y heterogéneas, para evitar que se pongan de acuerdo rápidamente y se subleven, y, además, no resulten discolos para los oficiales. Desde este punto de vista

su cálculo es acertado, si alistan su ejército entre muchos linajes. Pero cuando estallan la ira, el odio o el motín nunca aciertan a enseñar, a aplacar y a hacer cambiar de actitud a estas gentes ignorantes. Pues estas tropas no se comportan con una maldad humana, una vez que se dejan llevar súbitamente por la cólera o la calumnia contra quien sea, sino que acaban por convertirse en fieras salvajes y actúan como enloquecidos. Esto es lo que ocurrió entonces entre aquellos mercenarios. Allí había iberos y galos, algunos ligures y baleares, y no pocos semigriegos<sup>152</sup> que en su mayoría eran desertores y esclavos. Pero la mayoría eran africanos. Por eso, ni era posible reunir a todos a la vez y celebrar una asamblea, ni encontrar cualquier otra solución al problema. En efecto, ¿cómo sería posible? Era impensable que el general dominara las diversas lenguas de cada grupo, y la organización de una asamblea por medio de un gran número de intérpretes, que debían repetir lo mismo cuatro o cinco veces, era casi más imposible, por así decir, que lo anterior. La única solución viable era hacer las exhortaciones y las demandas por medio de los jefes respectivos; Hannón procuraba hacerlo continuamente. Pero, en último término, ocurría que los jefes o no entendían lo que se les decía, o bien, alguna vez, se manifestaban de acuerdo con el general, pero decían a los soldados lo contrario, unos por ignorancia y otros por maldad. Ello motivó que todo rebosara de desconcierto, desconfianza y confusión. Y, por encima de todo, los mercenarios creían que los cartagineses no les mandaban con toda intención a los generales conocedores

<sup>152</sup> Es decir, mestizos. Tras el imperio de Alejandro Magno, fueron frecuentes los matrimonios de soldados griegos y mujeres no griegas. Ni los griegos ni los romanos vieron con buenos ojos este mestizaje, que se dedicaba, principalmente, a ser soldados de fortuna.

de las penalidades sufridas por ellos en Sicilia, que eran los que les habían formulado las promesas, y que, por el contrario, habían comisionado a uno que no les había acompañado jamás. El caso es que acabaron por negarse a oír a Hannón. No se fiaban de los jefes subalternos, y, enfurecidos con los cartagineses, se dirigieron contra su ciudad. Acamparon a una distancia de unos ciento veinte estadios de Cartago, en el lugar llamado Túnez; eran más de veinte mil.

Los cartagineses constataban entonces con sus propios ojos su imprevisión, pero la cosa ya no tenía remedio. Congregar en un solo lugar una cantidad tan grande de mercenarios había sido un gran error, porque no tenían ninguna esperanza de ayuda militar entre las fuerzas ciudadanas. Peor aún era que habían obligado a marcharse a aquellos hombres con sus bagajes, mujeres e hijos. Si hubieran podido usar a éstos como rehenes, habrían podido deliberar acerca de la situación con mayor seguridad, y hubiera resultado más fácil convencer a los mercenarios de lo que se les pedía. Pero entonces los cartagineses, asustados por la proximidad de su campamento, soportaban todo, en su afán de propiciarse a los mercenarios enfurecidos: les ofrecían mercados rebosantes de provisiones, que les vendían al precio que ellos estipulaban, pues lo fijaban los mercenarios, y despachaban constantemente embajadores de sus consejos de ancianos para prometerles que harían cuanto se les pidiera, siempre que estuviera a su alcance. Pero los mercenarios cada día ideaban reclamaciones nuevas, porque, por un lado estaban llenos de confianza al ver el pavor y el pánico de los cartagineses, y por otro lado los despreciaban, convencidos de que a causa de los peligros arrostrados en Sicilia contra los campamentos romanos no sólo

*Los mercenarios  
en Túnez. Origen de  
la revuelta*

los cartagineses iban a ser incapaces de hacerles frente con las armas, sino que tampoco ningún otro hombre, al menos con prontitud. De ahí que cuando los cartagineses se hubieron avenido a las soldadas, los mercenarios exigieron el precio de los caballos muertos. Los cartagineses aceptaron también esto, y entonces los mercenarios afirmaron que debían cobrar las raciones —hacia mucho tiempo que se les debían— al precio mayor alcanzado durante la guerra. Total, que siempre inventaban algo nuevo y convertían la transacción en imposible<sup>153</sup>, por culpa de los muchos hombres revoltosos y malvados que entre ellos había. Aun así, los cartagineses prometieron todo lo posible, y se avinieron a nombrar árbitro de lo que allí se discutía a uno de los que hubieran sido generales en Sicilia. Pero los mercenarios no estuvieron de acuerdo en que fuera Amílcar Barca, con quien habían arrojado peligros en la isla; creían que éste les había despreciado más que los demás, por no haber acudido a ellos como legado, y por haber dimitido voluntariamente, según pensaban, del generalato. Para con Gescón, en cambio, estuvieron muy predispuestos: había sido general en Sicilia, les había atendido en muchas cosas, y más que nada en su retorno. De modo que le confiaron el arbitraje de lo que se controvertía.

2 Gescón llegó, por mar, con el dinero, navegó hasta Túnez y recibió primero a los comandantes, tras lo cual<sup>69</sup> juntó a la masa reunida por linajes. Les reprochó lo sucedido, intentó explicarles las circunstancias de entonces, y, más que nada, les exhortó en vistas al futuro: les pedía que se mostraran benignos para los

<sup>153</sup> Aunque el sentido general del texto griego es claro, no lo es en sus detalles. Puede significar: a) poniendo obstáculos a la paz mediante condiciones que no pueden ser satisfechas, o bien b) elevando el montante de los sueldos adeudados a cantidades que los cartagineses no podían satisfacer.

que desde el principio les habían pagado. Finalmente, pasó a abonar el resto de las soldadas, procediendo al pago por linajes.

Había allí un esclavo campano que había desertado de los romanos, un hombre vigoroso y tremendamente audaz en la guerra; se llamaba Esendio. Temía que su dueño le recuperara, que le maltratara y que le hiciera ejecutar según las leyes romanas; ello hacía que se atreviera a decir y a hacer cualquier cosa, con el afán de romper los tratos con los cartagineses. Junto a éste había un africano, Mato, un hombre libre que había participado en las campañas y había sido el principal agitador en los disturbios reseñados. Le angustiaba la idea de que le hicieran pagar las culpas de los otros, y por eso compartía la misma opinión que los secuaces de Esendio. Mato reunió a los africanos y les hizo comprender que cuando los linajes restantes hubieran cobrado y se hubieran retirado a sus países, los cartagineses descargarían sus iras contra ellos; pretenderían, por medio de tal castigo, llenar de miedo a todos los africanos. Tales palabras excitaban rápidamente a la masa. Se aprovechó un pretexto mínimo, el hecho de que Gescón abonaba las soldadas y dejaba para más tarde el precio del trigo y de los caballos, y se corrió rápidamente a una asamblea. Mientras Esendio y Mato acusaban y calumniaban a Gescón y a los cartagineses, se escuchaba y atendía con cuidado a lo que se decía. Pero si otro se adelantaba para aconsejar, ni tan siquiera esperaban a saber si estaba allí para contradecir o para apoyar a Esendio, sino que al instante le apedreaban hasta causarle la muerte. Durante las reuniones mataron a muchos de este modo, tanto jefes como soldados rasos. La única palabra que entendían todos era «¡apedréale!», porque eso era lo que hacían continuamente. Y, sobre todo, lo hacían siempre que se reunían, borrachos, después de

- 13 las comidas. Cuando alguien empezaba a proferir «¡apedréale!», la víctima resultaba lapidada desde todas partes y con tal rapidez que, una vez se había adelantado, le era ya imposible escapar. Por esta causa nadie se atrevió a dar consejos, y los mercenarios nombraron jefes suyos a Mato y a Esendio.
- 70 Gescón se daba cuenta de todo el desorden y del tumulto, pero consideraba por encima de todo la conveniencia de su país. Veía que, con el salvajismo de los mercenarios, los cartagineses iban a correr un riesgo total, y por ello se exponía e insistía, ya convocando a un trato personal a los jefes, ya reuniendo y aconsejando a los mercenarios por linajes. Sin embargo, los africanos que no habían percibido todavía el abono de víveres, creídos de que debía hacerseles efectivo, se presentaron altaneramente. Gescón quiso censurar su insolencia, y les dijo que lo pidieran a Mato, su general. Esto enfureció a los africanos de tal modo que, sin dejar transcurrir ni el más breve tiempo, se lanzaron primero al pillaje del dinero que encontraron a mano, y después detuvieron a Gescón y a los cartagineses que estaban con él. Mato y Esendio comprendieron que, si se cometía alguna fechoría o alguna traición, la guerra estallaría inmediatamente, por lo que atizaron las locuras de la chusma, saquearon los ajuares de los cartagineses y su dinero; luego esposaron a Gescón y a los suyos de manera ultrajante y los metieron en la cárcel. Desde entonces guerrearon ya sin disimulo contra los cartagineses, después de esta conjura impía y contraria a los derechos humanos comunes <sup>154</sup>.
- 7 La guerra contra los mercenarios, también llamada africana, tuvo estas causas y comienzo. Los hombres de Mato, pues, realizaron todo lo narrado, y enviaron

<sup>154</sup> Observaciones de este tipo son muy frecuentes en Polibio.

sin dilaciones legados a todas las ciudades del Africa: las exhortaban a la libertad y solicitaban ayuda y colaboración en la empresa. Casi todas las gentes de Africa respondieron con entusiasmo a su llamada en favor del alzamiento contra Cartago. Pusieron gran interés en mandar todo tipo de recursos y refuerzos, y los sublevados se dividieron y emprendieron un doble asedio: unos cercaron Útica y otros Hipozarita <sup>155</sup>, porque estas dos ciudades se habían negado a sumarse a la revuelta.

*Reflexiones  
sobre las condiciones  
de la guerra*

Los cartagineses se habían mantenido siempre de los productos del país, juntaban sus preparativos y provisiones con los ingresos de Africa, y también estaban acostumbrados incluso a hacer las guerras sirviéndose de tropas extranjeras. Y, en esta ocasión, no sólo quedaron privados inopinadamente de todo ello a la vez, sino que vieron que todo lo mencionado se les revolvía en contra, de modo que acabaron por caer en un gran desánimo y una desesperanza completas, porque las cosas les habían salido al revés de como las habían calculado. Pues, agotados en la guerra de Sicilia sin interrupción, ahora abrigaban la esperanza de que, concluidas las treguas, alcanzarían algún respiro y una situación satisfactoria, pero les sucedió lo contrario: surgió el principio de una guerra peor y más terrible. Pues antes pugnaban contra los romanos por Sicilia, pero entonces, al emprender la guerra civil, iban a arriesgar sus propias vidas y su patria. Además de esto, no disponían de armamento en cantidad suficiente, ni de fuerza naval ni de material para construir buques, después de haber sufrido derrotas tan importantes en

<sup>155</sup> Útica es la actual Djebel Menzel Goul, a 32 km. al NO. de Cartago. Hipozarita es la actual Bizerta.

el mar. No tenían tampoco provisiones, ni esperanza, cualquiera que fuera, de amigos y aliados externos que acudieran a ayudarles. Todo ello hizo que vieran claramente la diferencia real entre una guerra contra extranjeros y al otro lado del mar, y el levantamiento y la revuelta civiles. Pero ellos eran los máximos responsables de estos males tan enormes.

72 En la guerra precedente, los cartagineses, creyendo tener pretextos razonables, habían gobernado con suma dureza a los habitantes de África: les habían arrebatado la mitad de todas sus cosechas y habían impuesto sobre las ciudades el doble de los tributos anteriores, sin conceder ninguna exención a los pobres ni la más mínima reducción en lo que cobraban. Admiraban y honraban no a los generales que trataban a las gentes con suavidad y benevolencia, sino a aquellos que les aportaban más tributos y subsidios y a los que procedían peor con las poblaciones del país. Entre estos últimos se contaba Hannón. Así pues, los hombres no precisaron de una exhortación para sublevarse, sino sólo de una señal; y las mujeres, que habían tolerado hasta ese momento los arrestos de sus maridos e hijos a causa de los tributos, entonces en cada ciudad se conjuraron a no ocultar nada de lo que poseían y se despojaron de sus joyas sin ninguna vacilación para contribuir a pagar las soldadas. Surtieron con tanta abundancia a los hombres de Mato y de Espendio, que no sólo abonaron a los mercenarios lo que restaba de sueldo según las promesas que se les habían hecho para que se sublevaran, sino que desde entonces hubo 7 sobra de provisiones. De modo que los que deben tomar decisiones, si quieren acertar, han de mirar no sólo al presente, sino también, e incluso más, al futuro.

*Primeras  
hostilidades. Errores  
de Hannón*

A pesar de hallarse en tales dificultades, los cartagineses, que habían nombrado general a Hannón, porque anteriormente había sometido la región de Hecaton-  
tápilo<sup>156</sup> en África, reclutaron mercenarios y armaron a los ciudadanos que estaban en edad militar. Organizaban y entrenaban la caballería de la ciudad, y equipaban las naves que les quedaban, trirremes y quinquerremes y los navíos más grandes. A Mato le 3 llegaron setenta mil africanos, que él distribuyó, y asediaba con impunidad Utica e Hipozarita. Su campamento, establecido en Túnez, no corría peligro, y logró incomunicar a los cartagineses y el resto de África.

La ciudad de Cartago está emplazada en un golfo<sup>157</sup>. 4 Por su posición tiene forma alargada, como de una península, rodeada de mar en su mayor parte, y también por un lago. El istmo que la une al continente 5 africano tiene unos veinticinco estadios de anchura. No lejos de este sitio, y por el lado que da al mar, está la ciudad de Utica; por el otro lado, el del lago, está Túnez. Entonces los mercenarios acamparon en 6 ambos lugares, aislando a los cartagineses del resto del país, y empezaron a amenazar la ciudad misma. Tanto de día como de noche avanzaban hasta el pie de la muralla y causaban un terror y una confusión totales en la población cartaginesa.

Hannón se dedicaba a los preparativos bélicos en 74 la medida de sus posibilidades; y estaba realmente bien dotado para ello. En cambio, cuando salía a cam- 2

<sup>156</sup> No es segura la localización de este topónimo. Quizás se trate de Tebessa, hoy territorio argelino, cerca ya de la frontera tunecina.

<sup>157</sup> Cf. nota 120. Para el emplazamiento de Cartago, ver WALBANK, *Commentary*, pág. 138.

pañía con las tropas, era un hombre bien distinto. Desaprovechaba torpemente las oportunidades, y en el conjunto de las operaciones se mostraba inexperto e indolente. Primero quiso socorrer a los asediados de Útica. Llegó a intimidar a los enemigos por el número de sus elefantes, pues disponía de no menos de cien, y a continuación, a pesar de esta ventaja inicial decisiva, maniobró tal mal que estuvo a punto de perder, incluso, a los mismos asediados. En efecto: mandó traer desde Cartago<sup>158</sup> las catapultas, las ballestas y, en resumen, todo el material para un asedio. Acampó delante de la ciudad y empezó a disparar contra el atrincheramiento adversario. Los elefantes se abrieron paso vigorosamente contra el campamento rival, y el enemigo, incapaz de resistir su peso y el ímpetu de su ataque, huyó en desbandada del campamento. Muchos de ellos sucumbieron heridos por las bestias; los que se salvaron se refugiaron en un altozano escarpado y muy boscoso, confiando en la seguridad que ofrecía el propio lugar. Hannón estaba acostumbrado a las peleas contra nùmidas y africanos. Éstos, cuando han sufrido una derrota, abandonan el lugar y huyen durante dos o tres días, lo que hizo suponer al cartaginés que había llegado al término de la guerra y que su victoria era total y definitiva. Se despreocupó, pues, de sus soldados, y no atendió en nada a su propio campamento, sino que entró en la ciudad y se dedicó al cuidado de su persona. Pero los mercenarios que habían huido a la colina se habían formado en la audacia de Amílcar Barca. Las luchas de Sicilia les habían habituado a retroceder, unas veces, en el mismo día, y volverse de nuevo para acometer al enemigo. Entonces se aperci-

<sup>158</sup> El griego dice más vagamente «desde la ciudad»; contra WALBANK, *Commentary*, ad loc., que interpreta «desde Útica», prefiero traducir, con PÉREZ, *Polybius*, «desde Cartago».

bieron de que el general se había retirado a la ciudad y de que la mayoría de los cartagineses, confiados en exceso por la victoria anterior, se habían diseminado fuera del campamento. Se agruparon, pues, los mercenarios, y atacaron el atrincheramiento; mataron a muchos soldados y obligaron a los demás a huir vergonzosamente bajo las puertas y murallas. Se apoderaron de todo el bagaje y de todo el material de los asediados, que Hannón, al mandarlo sacar de la plaza para juntarlo con el restante, en realidad lo había puesto en manos del enemigo. Y no sólo en esta oportunidad su comportamiento fue negligente, sino que al cabo de pocos días el adversario acampó frente a él en la ciudad llamada Gorza<sup>159</sup>, y Hannón dispuso de dos oportunidades para vencer en formación de batalla y de otras dos en un ataque por sorpresa, incluso cuando los enemigos habían cambiado el emplazamiento de su campo muy cerca de él, y él, al parecer, les había dejado escapar en ambas ocasiones por su negligencia e irreflexión.

*Amílcar toma  
el mando. Batalla  
de Mácara*

Los cartagineses, al ver que Hannón disponía desafortunadamente las acciones, volvieron a nombrar general a Amílcar, el llamado Barca, y le enviaron como comandante a la guerra de entonces. Le entregaron setenta elefantes, los mercenarios que habían conseguido alistarse y los que habían desertado del enemigo. Junto con ellos iban los caballos de que disponía la ciudad y los soldados de a pie: el total era de unos diez mil. En su primera salida, Amílcar aterrizó al enemigo por lo inesperado del ataque, rompió su moral y logró levantar el cerco de Útica, mostrán-

<sup>159</sup> No podemos localizar este topónimo, pero debía responder a una población situada entre Útica e Hipozarita.

dose así digno de sus hazañas anteriores y de lo que esperaba el pueblo de él.

4 Lo que hizo en aquella ocasión fue lo siguiente: el istmo que une Cartago al Africa está flanqueado por colinas de difícil tránsito, cuyos pasos hacia la región están tallados en la roca. Los hombres de Mato habían ocupado con destacamentos todos los lugares estratégicos que atravesaban las mencionadas alturas. Además fluye por allí, no lejos de los lugares por donde se sale de la ciudad, un río llamado Mácara<sup>160</sup>, de gran caudal, lo que hace que sea infranqueable, en la mayor parte de su curso, el acceso al país desde el interior de la ciudad. Encima de él hay tendido sólo un puente. Vigilar su paso por él resulta sencillo, puesto que  
6 junto al mismo hay edificada una población. Por todo lo cual los cartagineses no sólo no podían recorrer el país con su ejército, sino que ni tan siquiera a los que querían infiltrarse aisladamente no les resultaba fácil  
7 pasar desapercibidos al enemigo. Amílcar, considerando esta situación, después de calcular todas las posibilidades y ocasiones a causa de la dificultad de la salida,  
8 concibió el siguiente plan: se había dado cuenta de que si los vientos soplaban en cierta dirección, en la desembocadura del río mencionado se formaba una barra de arena y se producía en la misma boca un vado fangoso. El general cartaginés dispuso su ejército en orden de marcha, manteniendo en secreto la operación,  
9 y se puso a esperar la coyuntura señalada. Cuando se presentó el momento, salió de noche sin que nadie lo notara, y al rayar el alba hizo que su ejército vadeara  
10 el río por aquel lugar. La acción fue sorprendente tanto para los de la ciudad<sup>161</sup> como para el enemigo, y

<sup>160</sup> Actualmente es el río Magierda, en la antigüedad se llamaba Bagradas.

<sup>161</sup> Seguramente se trata de Útica.

Amílcar avanzó por la llanura, caminando contra los que custodiaban el puente.

Al comprobar lo ocurrido, Espendio y los suyos  
76 avanzaron hacia el llano con la intención de ayudarse mutuamente, tanto los que estaban fuera de la ciudad guardando el puente, que eran no menos de diez mil, como los evadidos de Útica, que rebasaban los quince mil. Cuando hubieron establecido contacto, creyeron  
2 que habían atrapado en medio a los cartagineses, se fueron pasando con rapidez la contraseña al tiempo que se exhortaban entre sí, y se lanzaron a trabar combate. Pero Amílcar iba avanzando con los elefantes en  
3 primera línea, tras ellos los jinetes y la tropa ligera, y al final la infantería pesada. Cuando vio que el ene-  
4 migo atacaba con prisas excesivas, ordenó a todos los suyos dar la vuelta. Mandó a los de vanguardia que se  
5 revolvieran y que iniciaran al punto la marcha, y dispuso que los que al principio iban en retaguardia girasen y se enfrentasen al ataque de los enemigos. Los  
6 mercenarios y los africanos, convencidos de que los cartagineses huían aterrorizados, deshicieron su formación, atacaron y vinieron valientemente a las manos. Pero cuando la caballería cartaginesa se aproximó a sus  
7 unidades y, efectuado el giro, ofrecía resistencia, al tiempo que el resto de los de Amílcar contraatacaba, los africanos se asustaron ante la conducta tan  
8 extraña, cedieron al instante y se lanzaron a la fuga como si actuasen en desorden y en desbandada. Unos, al caer sobre los que avanzaban desde atrás, morían y traían el desastre sobre sí mismos y sobre sus compañeros, aunque la mayoría murió pisoteada y a manos del  
9 acoso de la caballería y de los elefantes. Entre mercenarios y africanos perecieron unos seis mil; dos mil cayeron prisioneros, y los restantes consiguieron huir, unos a la ciudad que había junto al puente y otros al cam-

10 pamento cercano a Útica<sup>162</sup>. Tras alcanzar la victoria del modo descrito, Amílcar persiguió de cerca al enemigo y se apoderó, al asalto, de la ciudad contigua al puente; los rivales que la ocupaban la habían abandonado y se habían refugiado en Túnez. El general cartaginés recorrió luego el resto del país. Consiguió atraerse a unas ciudades, pero la mayoría tuvo que reducirse a la fuerza. Esto disipó durante algún tiempo el pasado desaliento de los cartagineses y les infundió cierta audacia y confianza.

77 *Siguen las operaciones. Alianza con los númidas* Mato, por su lado, insistía en el asedio de Hipozarita y aconsejaba a las gentes de Autárito, caudillo de los gálatas, y a Esendio, que no perdieran el contacto con el enemigo: debían rehuir los parajes llanos, por la cantidad de elefantes y caballería de que disponía el contrario, y efectuar sus marchas por los flancos de los montes, atacando siempre que ellos estuviesen en cualquier dificultad. Al propio tiempo de estas sugerencias envió legados a los númidas y a los africanos en demanda de ayuda para no desaprovechar aquella ocasión de obtener la libertad. Esendio tomó en Túnez todos los hombres de ambos linajes, unos seis mil, y partió en campaña, siguiendo a los cartagineses por los flancos de los montes; además de las tropas mencionadas, disponía de los gálatas de Autárito, aproximadamente dos mil. La parte restante del contingente inicial de éstos había desertado y se había pasado a los romanos en el campamento de Érice. Este

<sup>162</sup> La narración de esta batalla por parte de Polibio es confusa, principalmente porque la terminología técnica militar griega no concuerda con los movimientos de las tropas cartaginesas. Véase WALBANK, *Commentary*, ad loc., y la explicación que, prescindiendo de las dificultades observadas por el comentarista inglés, ofrece ПÉВΕΧΗ, *Polybe*, I, pág. 121, nota al pie.

refuerzo de númidas y africanos estableció contacto con las tropas de Esendio cuando Amílcar había acampado en una planicie rodeada de montañas por todas partes. Los cartagineses se encontraron súbitamente con el campamento de los africanos enfrente de ellos, con el de los númidas detrás y el de Esendio en un flanco, una situación grave y de salida difícil.

En aquellos tiempos Naravas, que era un númida de los de linaje más ilustre y estaba poseído de ardor belicoso, hombre siempre inclinado a favor de los cartagineses, tendencia que le venía ya de familia, entonces se reafirmó en ella, gracias a la admiración que sentía por Amílcar como general. Creyó que la ocasión era propicia para encontrarle y entenderse con él. Llegó al campamento cartaginés con cien númidas, se aproximó al atrincheramiento, se quedó allí con audacia, mientras hacía señas con la mano. Amílcar, admirado de su arrojo, le mandó un jinete, y Naravas le manifestó que quería mantener una entrevista con el general. El jefe de los cartagineses no sabía en absoluto qué hacer y desconfiaba. Entonces Naravas entregó a sus hombres su caballo y sus lanzas y se presentó, desarmado y lleno de confianza, en el campamento. Los cartagineses estaban por una parte asombrados y, por otra, estupefactos ante su audacia; sin embargo, le recibieron y se reunieron con él. En las conversaciones, Naravas dijo que él estaba a favor de todos los cartagineses, y que su máxima ambición era llegar a ser amigo de Amílcar Barca: se había presentado allí para unírsele y colaborar lealmente con él en todos sus planes y acciones. Tan grande fue la alegría de Amílcar cuando le escuchó, tanto por el valor de presentarse como por la franqueza del joven durante el encuentro, que no sólo aprobó aceptarle como aliado en sus acciones, sino que le juró entregarle por mujer a su hija si observaba aquella fidelidad hacia los car-

9 tagineses. Establecidos los pactos, Naravas compareció  
 con los númeridos que tenía a sus órdenes, unos dos  
 10 mil. Con este refuerzo, Amílcar presentó batalla al  
 enemigo. Los hombres de Esendio establecieron con-  
 tacto en aquel lugar con los demás africanos, bajaron  
 todos a la llanura y trabaron combate contra los car-  
 11 tagineses. Se produjo una dura lucha, en la que ven-  
 cieron los de Amílcar: sus elefantes batallaron esplén-  
 didamente, y Naravas prestó un servicio muy brillante.  
 12 Autárito y Esendio lograron huir; de los restantes  
 cayeron unos diez mil, y cuatro mil fueron cogidos pri-  
 13 sioneros. Obtenida la victoria, Amílcar concedió a los  
 prisioneros que lo desearan pasar a formar parte de  
 su ejército, y les armó con los despojos tomados al  
 14 enemigo. Congregó a los que lo rehusaron, y les dijo  
 en una arenga que les perdonaba sus errores de hasta  
 entonces; por eso, consentía en que cada uno se fuera  
 15 donde prefiriera. Pero les conminó a que, en adelante,  
 nadie levantara las armas contra los cartagineses, por-  
 que el que resultara capturado se vería castigado inex-  
 orablemente.

79

*Motín de  
 los mercenarios  
 de Cerdeña*

En aquella misma época <sup>163</sup> los  
 mercenarios que estaban de guar-  
 nición en Cerdeña imitaron a los  
 hombres de Mato y de Esendio,  
 y atacaron a los cartagineses de  
 2 la isla. Encerraron en la acrópolis a Bóstar <sup>164</sup>, que era  
 entonces el comandante de aquellos mercenarios, y allí  
 3 le mataron con otros compatriotas. Los cartagineses en-  
 viaron a un segundo general con más tropas, a Hannón,  
 pero también éste se vio abandonado por sus soldados,

<sup>163</sup> El motín anticartaginés de Cerdeña coincide con la se-  
 gunda batalla entre Amílcar y Esendio.

<sup>164</sup> Este Bóstar no es el que aparece en el cap. 30 de este  
 libro, sino otro jefe cartaginés de rango inferior, por el título  
 griego (boetarco), que significa «jefe de tropas auxiliares».

que se pasaron a los rebeldes, cogieron vivo al citado 4  
 general y le crucificaron sin pérdida de tiempo. Luego  
 idearon los tormentos más inusitados y martirizaron  
 hasta la muerte a todos los cartagineses residentes en  
 la isla. Finalmente, después de poner bajo su dominio 5  
 las ciudades, mantuvieron con firmeza el poder sobre  
 la isla hasta que se sublevaron contra los sardos, que  
 les arrojaron a Italia. De este modo se separó, de Car- 6  
 tago, Cerdeña, una isla importante por su extensión,  
 por el número de sus habitantes y por la fertilidad  
 de su suelo. Muchos han tratado prolijamente de esta 7  
 isla, y no creemos necesario repetir lo conocido por  
 todos.

Mato y Esendio, y con ellos 8  
 Autárito, el gálata, vieron la be-  
 nignidad con que Amílcar trataba  
 a los prisioneros. Temieron que  
 los africanos y la masa de mer-  
 cenarios, atraídos por aquel proceder, se acogieran a  
 la impunidad que contemplaban, y, por ello, reflexio-  
 naron e imaginaron algo inaudito, que por su impiedad  
 enfureciera a las masas contra los cartagineses. Acor- 9  
 daron reunir la asamblea, y una vez congregada, intro-  
 dujeron un correo fingidamente enviado por sus par-  
 tidarios de Cerdeña. En una carta se explicaba que 10  
 debían vigilar cuidadosamente a Gescón y a todos los  
 que estaban con él, cogidos por traición en Túnez,  
 como anteriormente se ha explicado, porque algunos  
 del campamento actuaban a favor de los cartagineses  
 e intentaban salvar a los encarcelados. Esendio tomó 11  
 esto como pretexto, y empezó a aconsejar que no se  
 fiaran de la benignidad que el general de los cartagi-  
 nes manifestaba con respecto a los prisioneros: pues 12  
 no era la intención de perdonarles la vida lo que le  
 había llevado a tratarles de aquel modo, sino el pro-  
 pósito de «apoderarse de nosotros gracias a la libera-

ción de aquéllos, porque pretende castigar no sólo a unos pocos, sino a todos nosotros, si confiamos en él». Además les previno de que custodiaran bien y no dejaran escapar a Gescón ni a los suyos, porque entonces el enemigo les despreciaría, y ellos dañarían enormemente su propia causa si permitían huir a un personaje importante, general excelente, que, como es natural, sería para ellos el enemigo más terrible. Esendio hablaba todavía, cuando llegó otro correo que fingió ser enviado desde Túnez, y que hizo declaraciones semejantes a las del correo de Cerdeña.

80 A continuación tomó la palabra el gálatas Autárito. Declaró que en su situación la única salvación posible consistía en abandonar cualquier esperanza depositada en los cartagineses; quien se aferrara a la benignidad de ellos era imposible que les resultara aliado de fiar. Por esto, reclamó que sólo confiaran, escucharan y prestaran atención a los que propusieran en cada momento las medidas más duras y feroces contra los cartagineses, y les exhortó a considerar traidores y enemigos a quienes dijeran lo contrario de los anteriores. Tras estas palabras, aconsejó torturar y matar a Gescón, a los apresados con él y a cuantos cartagineses habían hecho cautivos más tarde. Autárito era muy eficaz en la asamblea, puesto que muchos entendían su lengua. Pues como hacía mucho tiempo que se dedicaba a la milicia, sabía hablar fenicio, y el uso de esta lengua halagaba a la mayoría, porque estaban familiarizados con este idioma, debido a la gran duración de la campaña anterior. Por eso, la masa estuvo unánimemente de acuerdo con él<sup>165</sup>, y cuando se retiró

<sup>165</sup> Esto no está muy de acuerdo con lo que se dijo en I 67, 8-10, que a un cartaginés le era imposible hacerse entender por una masa de mercenarios. Nótese que aquí se dice que Autárito hablaba fenicio.

le llenaron de alabanzas. Y aunque muchos, de todos los linajes, se adelantaron a la tribuna y pedían que Gescón no fuera torturado, porque él era el causante de muchos beneficios que habían obtenido, sin embargo, nada de lo que decían resultaba inteligible, porque hablaban todos a la vez, ni cada uno en particular hacía entender sus consejos por hablar en su propio idioma. Y, además, cuando se descubrió que querían renunciar al castigo, uno de los congregados gritó «¡que le apedreen!», y todos a una lapidaron a los que se habían adelantado a hablar; sus allegados se llevaron los cadáveres como si hubieran sido descuartizados por fieras. Luego los hombres de Esendio cogieron a Gescón y a los suyos, unos setecientos en total, los alejaron un poco del campamento y empezaron por amputarles las manos, comenzando por Gescón, a quien entre todos, poco tiempo antes, habían elegido y proclamado bienhechor, nombrándole a la vez árbitro de sus disensiones. Tras amputarles las manos, les seccionaron la nariz y las orejas a aquellos desgraciados, los castraron, les quebraron las piernas y los arrojaron, vivos aún, a una fosa.

El infortunio se anunció a los cartagineses, que ya no podían hacer otra cosa que lamentarlo con indignación; enormemente dolidos por esta desgracia, enviaron legados a Amílcar y al otro general, a Hannón, en demanda de ayuda y de venganza para aquellos infelices. Despacharon heraldos a tratar de la devolución de los cadáveres con aquellos impíos. Éstos se negaron a devolverlos y, además, dijeron a los que se habían presentado que no les fueran remitidos más heraldos ni ninguna legación, porque a los que comparecieran les aguardaba el mismo castigo que había correspondido a Gescón. Para el futuro decretaron y se recomendaron entre sí castigar con la muerte a todo cartaginés que cayera en sus manos, y amputar las manos

y remitir así a Cartago al aliado de los cartagineses que capturasen. Y esta decisión, la cumplieron con rigor.

5 Al considerar estos hechos, nadie vacilaría en decir que no sólo en los cuerpos de los hombres nacen úlceras y tumores que se inflaman y acaban por convertirse en incurables, aún más en las almas<sup>166</sup>. Pues si se aplica un tratamiento sobre tales úlceras, a veces no se hace más que irritarlas y conseguir que su acción corrosiva sea más rápida; en cambio, si no se cuidan, por su propia naturaleza corrompen las partes inmediatas, y no cesan hasta destruir los tejidos interiores.

7 De modo semejante, a veces nacen en las almas podredumbres y gangrenas tales que logran que entre los seres vivos no haya ninguno más impío ni más cruel

8 que el hombre. A éstos, si se les concede perdón y benignidad, creen que lo que de verdad hay es asechanza y falacia; se convierten en más desconfiados y

9 hostiles hacia sus bienhechores. Y si se les devuelve mal por mal, emulan en coraje; en tal caso, para ellos no hay nada, por terrible que sea o por prohibido que esté, que no acepten, y aun reputan por buena tal audacia; terminan en un paroxismo que rebasa el natural humano. La causa y el componente principal de esta conducta radican en las malas costumbres y en una educación pésima recibida ya en la infancia. Pero hay muchas otras cosas que también influyen: las principales son la soberbia y la avaricia de los que mandan.

<sup>166</sup> Esta digresión sobre la capacidad de ferocidad que se da en el ser humano presupone, en Polibio, una aceptación m. y clara de la teoría platónica de la existencia, en el hombre, de un alma distinta del cuerpo, y que perfecciona con él al ser humano. WALBANK, *Commentary*, hace un breve recorrido de esta teoría en el mundo grecolatino, *ad loc.*, aunque sin acentuar demasiado la dependencia platónica de esta doctrina de Polibio.

En aquella oportunidad se dieron en el cuerpo de mer- 11 cenarios, y aún más en sus cabecillas.

*Defección  
de Utica y de  
Hipozarita*

Amílcar, molesto por el frenesí 82 de los enemigos, llamó a Hannón a su presencia, convencido de que si reunía los dos ejércitos acabaría más rápidamente la campaña. Mataba en pleno combate a aquellos de 2 quienes lograba apoderarse, y a los que le eran llevados vivos, los arrojaba a las fieras, porque veía que la única solución era aniquilar por completo al adversario. Pero cuando parecía que los cartagineses podían ya 3 abrigar esperanzas más consistentes en aquella guerra, su causa sufrió un giro total e inesperado: sus genera- 4 les, que habían reunido sus fuerzas, se pelearon de tal modo que no sólo dejaron pasar sus oportunidades contra el adversario, sino que la rivalidad surgida entre ellos proporcionó a éste muchas ocasiones contra los cartagineses. En Cartago se enteraron de la situación 5 y ordenaron que uno de los generales se retirara, quedándose el otro; quienes debían elegir el general eran los soldados. Paralelamente a estos hechos sucedió 6 que perdieron totalmente por mar, a causa de una tormenta, los mercados de aprovisionamiento procedentes de los parajes que llamaban Los Emporios<sup>167</sup>; confiaban al máximo en ellos, tanto en lo referente a los víveres como en el resto de lo que necesitaban. Lo que 7 les venía de Cerdeña, ya expliqué antes que lo habían perdido, cuando precisamente esta isla les era de gran utilidad en circunstancias críticas. Sin embargo, lo peor 8 fue la desertión de las ciudades de Hipozarita y de Utica. Habían sido las únicas de África que no sólo habían soportado con valentía la presente guerra, sino

<sup>167</sup> El actual golfo de Qabes, frente a la Sirte Menor.

que en los tiempos de Agatocles<sup>168</sup> y de la incursión de los romanos<sup>169</sup> habían resistido con entereza. En suma, jamás habían deliberado algo contrario a los cartagineses. Entonces, además de su paso absurdo a los africanos, tras él les exhibieron la máxima familiaridad y confianza, y contra los cartagineses, en cambio, evidenciaron una cólera y un odio implacables. Mataron a todos los que habían acudido en su socorro, unos quinientos, con su general, y les arrojaron por la muralla; pusieron la ciudad en manos de los africanos, y, a pesar de las peticiones de los cartagineses, ni tan siquiera accedieron a enterrar a aquellos desventurados muertos.

Estos acontecimientos envalentonaron a Mato y a Esendio, que se dispusieron a asediar la ciudad misma de Cartago. Pero Amílcar Barca, con la ayuda del general Aníbal<sup>170</sup> —pues éste era el que los ciudadanos habían enviado a las tropas después que éstas decidieron que era Hannón quien debía retirarse, según los poderes que los cartagineses les habían otorgado cuando los dos generales altercaron entre sí— y Naravas, comenzó a recorrer el país interceptando los aprovisionamientos dirigidos a Mato y a Esendio. El núpida Naravas fue un auxiliar muy útil en esto y en

<sup>168</sup> Este Agatocles, que conquistó Útica e Hipozarita en el año 307/6, viene brevemente caracterizado en BENGSTON, *Geschichte*, pág. 368.

<sup>169</sup> Esta campaña norteafricana del cónsul Régulo es muy dudosa. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

<sup>170</sup> Este nombre es muy frecuente entre los cartagineses, y por consiguiente el de aquí resulta de identificación imposible; lo único claro es que no se trata del hijo de Amílcar Barca, que será el protagonista principal, en España y en Italia, de la segunda guerra púnica.

otras acciones. Esto era lo que realizaban las fuerzas en campaña.

Los cartagineses, asediados por todas partes, se vieron obligados a recurrir a las ciudades aliadas. Hierón, que siempre durante la presente guerra había puesto gran empeño en todo lo que los cartagineses le fueron pidiendo, porque estaba convencido de que le convenía a él en particular, para su dominio de Sicilia y para la amistad con los romanos, salvaguardar los intereses de Cartago, para evitar que los romanos, vencedores, tuvieran la posibilidad de llevar a cabo sin esfuerzo sus planes. Tal cálculo era prudente y hábil. Pues no hay que descuidar nunca este principio, ni hay que contribuir al engrandecimiento del poder de nadie hasta el punto de que sea imposible disputarle, incluso, lo que es un derecho reconocido. También los romanos observaron lo justo según los pactos, y pusieron todo su celo. Al principio hubo alguna controversia entre ambas ciudades, porque los cartagineses desviaban hacia Cartago a los que navegaban procedentes de Italia hacia Africa para aprovisionar al enemigo. Habían cogido así casi a quinientos romanos. Esto en Roma causó enojo, y envió una embajada. Se estableció un pacto según el cual los romanos recibieron a todos los suyos. Esto les satisfizo tanto, que decidieron devolver a los cartagineses los prisioneros que todavía retenían de la guerra de Sicilia. Desde aquel momento atendieron con buena disposición y benevolencia a todos los llamamientos de los cartagineses. Permitieron a los comerciantes exportar a Cartago lo que ésta precisaba, e impidieron hacer lo propio con los enemigos de los cartagineses. No dieron oídas a los mercenarios de los cartagineses en Cerdeña, que llamaron a los romanos cuando desertaron de Cartago, y se negaron a admitir a los de Útica, que se les entregaban. Los romanos, pues, observaron

escrupulosamente los pactos. Y con la ayuda de los amigos mencionados los cartagineses sostenían el asedio.

84 Pero Mato y Esendio y los suyos eran no menos  
2 sitiados que sitiadores. Amílcar les había puesto ante  
tal carencia de aprovisionamientos que acabaron por  
3 verse obligados a levantar el asedio de Cartago. Trans-  
currió algún tiempo, y reunieron a los africanos y a los  
mercenarios más vigorosos, en conjunto unos cincuenta  
mil hombres —entre ellos se contaba el africano Zar-  
zas con los que estaban sujetos a sus órdenes—, y se  
lanzaron de nuevo a seguir en paralelo en campo abier-  
4 to a los de Amílcar y a acecharles. Evitaban los luga-  
res llanos, atemorizados por los elefantes y por la  
caballería de Naravas; intentaban adelantarse a ocupar  
5 los lugares montañosos y angostos. Y en estas ocasio-  
nes no eran inferiores a sus enemigos ni en iniciativa  
ni en audacia, pero su inexperiencia les hacía sufrir  
6 muchas derrotas. A lo que parece, entonces se pudo ver  
cuál es la auténtica diferencia que hay en lo militar  
entre una experiencia metódica y la capacidad de  
mando y la inexperiencia rutinaria e irracional de un  
7 soldado. Amílcar, a fuer de buen jugador, aislaba a  
muchos enemigos en operaciones parciales, les cortaba  
8 el paso y les mataba sin combatir. Otras veces, en ba-  
tallas campales, atraía a unos a emboscadas insospe-  
chadas y les aniquilaba, a otros les salía al paso ines-  
peradamente, tanto de día como de noche, y les llenaba  
de pavor; arrojaba a las fieras, sin hacer excepciones,  
9 a los que conseguía atrapar vivos. Finalmente, acampó  
por sorpresa ante sus rivales en lugares desfavorables  
para las conveniencias de éstos, pero propicios para  
su propio ejército, y les puso en gran aprieto. Los  
mercenarios no se atrevían a arriesgarse en un com-  
bate, ni podían escapar, interceptados en todas direc-  
ciones por un vallado y un foso. El hambre acabó por

obligarles a devorarse unos a otros; la divinidad<sup>171</sup> les 10  
daba una respuesta adecuada a la impiedad y a la  
crueldad que habían mostrado para con los demás.  
Debido al peligro no se atrevían a salir, pues su de- 11  
rrota era evidente, y no menos lo era el castigo de  
los que caían prisioneros. Lo más alejado que tenían  
de su mente era llegar a un trato con los cartagineses,  
conscientes de lo que ellos mismos habían cometido.  
Y esperando siempre ayuda desde Túnez<sup>172</sup>, que era 12  
lo que les habían prometido sus jefes, fueron entre-  
gándose a todo tipo de delitos contra ellos mismos.

Cuando, de manera tan impía, 85  
hubieron terminado con los pri-  
sioneros, a los que usaban de  
alimento, se sirvieron de los  
cuerpos de sus esclavos, pero de

*Fin de los  
mercenarios*

Túnez no les llegaba ayuda alguna. Entonces llegó a 2  
ser evidente el peligro de tortura que amenazaba a  
los jefes, debido al estado desesperado de la masa.  
Autárito, Zarzas y Esendio determinaron entregarse  
al enemigo y tratar de pactar con Amílcar. Enviaron, 3  
pues, a un heraldo y recibieron permiso para enviar  
una embajada; acudieron, en número de diez, a los  
cartagineses. Amílcar estableció con ellos el pacto si- 4  
guiente: «De entre los enemigos, los cartagineses ele-  
girán a diez, los que quieran; soltarán a los restantes,  
puesta sólo la túnica.» Tan pronto como se acordó 5  
este pacto, Amílcar dijo que, según las condiciones,

<sup>171</sup> WALBANK, *Commentary*, identifica sin más «divinidad» y «destino», pero el hecho de que aquí Polibio utilice un término distinto (*daimonion*) es significativo. Véase nuestro artículo: BALASCH, «La religiosidad...», pág. 376, nota al pie.

<sup>172</sup> Aquí no se ve bien cómo concibe Polibio la situación. En 84, 3, Mato y Esendio dejan el asedio de Túnez, y aquí se presupone que, al menos, Mato está delante de la ciudad. O Polibio se ha confundido o sus mismas fuentes son defectuosas.

elegía a los presentes. Los cartagineses se apoderaron así de Autárito, de Esendio y de los jefes más destacados. Los africanos, enterados de la detención de sus jefes, creyeron que habían sido traicionados, porque ignoraban las cláusulas del trato. Ello hizo que se lanzaran a las armas. Amílcar les rodeó con sus elefantes y el resto de sus tropas, y mató a todos los mercenarios, más de cuarenta mil, en el lugar llamado «La Sierra», que ha recibido esta denominación por la similitud de su configuración con la forma de esta herramienta <sup>173</sup>.

Después del éxito que acaba de exponerse, los cartagineses, que antes ya desesperaban de su salvación, concibieron de nuevo una gran esperanza de mejorar su estado; el mismo Amílcar, con Naravas y Aníbal, recorría el país y las ciudades. Muchos africanos se rindieron y se les pasaron a causa de la victoria lograda. Los de Cartago sometieron la mayoría de ciudades, y llegaron a Túnez. Se aprestaron a asediar a Mato y a sus hombres. Aníbal estableció su campamento en el lado que da hacia Cartago; en el lugar opuesto, Amílcar. Después hicieron avanzar hasta el pie de los muros a los prisioneros que tenían de Esendio, y los crucificaron a la vista de todos. Pero Mato se apercibió de que Aníbal, confiado, se comportaba con negligencia y confianza excesiva. Atacó, pues, su atrinchamiento, mató a muchos cartagineses, les echó a todos del campamento, se apoderó de su bagaje íntegro y cogió vivo al general, a Aníbal. Le condujeron inmediatamente a la cruz en que había sido crucificado Esendio, y después de torturarle cruelmente, depusie-

<sup>173</sup> Este razonamiento de Polibio no resulta muy convincente. El nombre de «sierra» debe de ser, más bien, debido a un macizo montañoso que presente vagamente tal figura; para un lector español, la comparación con la montaña de Montserrat es ineludible. De todas formas, la identificación del accidente geográfico en cuestión es imposible.

ron el cadáver de Esendio y crucificaron vivo al cartaginés; seguidamente degollaron a treinta de los cartagineses más ilustres en torno al cadáver de Esendio. Como hecho a propósito, la Fortuna proporcionaba a ambos bandos alternativamente ocasiones de excederse en la venganza de unos contra otros. Amílcar Barca supo muy tarde el ataque que habían realizado los de la ciudad, debido a la distancia que mediaba entre ambos campamentos. Y ni aún, cuando lo supo, pudo apresurarse a llevar socorros, porque el terreno era sumamente fragoso. Levantó, pues, el asedio de Túnez, se llegó hasta el río Macara y acampó junto al mar, en su desembocadura.

Los cartagineses se volvieron a desanimar a la vista de lo inesperado de tal peripecia; acababan de recobrar los ánimos, y al punto decayeron otra vez sus esperanzas. Pero no por ello dejaron de actuar en vistas de su salvación. Eligieron a treinta miembros del senado, y después armaron a Hannón, el general que antes se había retirado, y, con él, a los ciudadanos que restaban en edad militar. Con ello echaban mano de su último recurso. Enviaron estos hombres a Amílcar Barca. Había orden expresa, de parte del senado cartaginés, de que, como fuera, los generales cesaran en sus diferencias anteriores; en vista de la situación, debían forzosamente ponerse de acuerdo. Los senadores expusieron muchos y variados razonamientos a los generales, a los que habían obligado a entrevistarse, y les forzaron a ponerse de acuerdo y a atender a lo que se les decía. Y desde entonces Hannón y Amílcar anduvieron ya siempre a la una, y lo realizaron todo según el parecer de los cartagineses. Mato y los suyos, derrotados en combates parciales —habían librado muchos en torno a la ciudad de Leptis <sup>174</sup> y de otras ciu-

<sup>174</sup> Leptis, ciudad cartaginesa situada a gran distancia del

dades—, acabaron por lanzarse a decidir la situación en una batalla campal. Por su lado, también los cartagineses tendían a ello. Ambos bandos convocaron a sus aliados para la confrontación, y reunieron a las guarniciones fuera de las ciudades. Se iban a jugar el todo por el todo. Cuando unos y otros estuvieron dispuestos para el choque, se alinearon y trabaron combate. Triunfaron los cartagineses, y la mayoría de los africanos pereció en la misma refriega; los que consiguieron refugiarse en una ciudad se rindieron no mucho más tarde; Mato fue cogido vivo por el enemigo.

Después de la batalla, las partes restantes de Africa se sometieron inmediatamente a los cartagineses. Pero las ciudades de Útica e Hipozarita, que no tenían ningún motivo para pedir la paz, ya que no quedaba para ellas ni misericordia ni perdón debido a sus ataques anteriores, prosiguieron la resistencia. Incluso en estos crímenes tiene una gran importancia la moderación, y no realizar voluntariamente nada irreparable. Hannón acampó por un lado, y por el otro Amílcar Barca, que obligaron rápidamente a los uticenses a establecer un pacto según los intereses de Cartago. La guerra africana, que había producido tantas dificultades a los cartagineses, acabó de esta manera. No sólo volvieron a ser dueños de Africa, sino que castigaron como se merecían a los causantes de la defección. Al final los jóvenes se pasearon en triunfo por la ciudad, infligiendo todo tipo de torturas a Mato y a sus hombres. Los mercenarios lucharon contra los cartagineses tres años y cuatro meses en una guerra que, por lo que sabemos de oídas, superó en mucho a las otras en crueldad y crímenes.

---

mar. La guerra se había desplazado muy hacia el S., pero Polibio hace de ello una referencia sumaria, sin detallar las operaciones.

*Roma desposee a  
Cartago de Cerdeña*

En esta misma época los mercenarios desertores de Cerdeña llamaron a los romanos, quienes decidieron navegar hacia la isla.

Los cartagineses se enojaron, porque consideraban que el dominio de Cerdeña les correspondía más a ellos, y dispusieron una campaña contra los que les habían desposeído de la isla. Los romanos lo tomaron como pretexto, y decretaron la guerra contra Cartago: sostenían que los cartagineses se preparaban no contra los sardos, sino contra Roma. Los cartagineses, que contra toda esperanza, se habían salido de la guerra acabada de exponer, estaban entonces, desde todos los puntos de vista, en condiciones pésimas para reemprender hostilidades, ahora contra los romanos. Así que, cediendo a las circunstancias, no sólo evacuaron Cerdeña, sino que encima entregaron a los romanos mil doscientos talentos en evitación de una guerra inmediata<sup>175</sup>. Así transcurrieron los hechos.

---

<sup>175</sup> La anexión definitiva de la isla de Cerdeña a Roma se da en el año 238 a. C.